

En todo el mundo: Por favor haga uso de nuestros recursos que puede bajar por el Internet sin costo alguno, y están disponibles en todo el mundo.
In Norteamérica: Los materiales son enviados en pequeñas cantidades a individuos con el franqueo pagado y sin cargo alguno.
Chapel Library no necesariamente coincide con todos los conceptos doctrinales de los autores cuyos escritos publica.
No pedimos donaciones, no enviamos promociones, ni compartimos nuestra lista de direcciones.
© Copyright 1998 Chapel Library.

LA VIDA SECRETA DE ORACIÓN

David MacIntyre (1859-1938)

*“Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta,
ora a tu Padre que está en secreto.”*
—Mateo 6:6

Contenido

| | |
|--|----|
| 1. La vida de oración | 2 |
| 2. El equipo | 5 |
| 3. La dirección de la mente..... | 7 |
| 4. El compromiso: Adoración | 10 |
| 5. El compromiso: Confesión..... | 13 |
| 6. El compromiso: Peticiones | 16 |
| 7. Los tesoros escondidos del lugar secreto...18 | |
| 8. La recompensa pública | 20 |

1. La vida de oración

“Mi Dios. Tu criatura responde a ti.” —Alfred de Musset

“La oración es la llave al cielo; el Espíritu ayuda a la fe a hacer girar la llave.” —Thomas Watson

Introducción

En una de las catedrales del norte de Europa una triada exquisita en alto relieve representa la vida de oración. Está organizada en tres paneles. El primero nos recuerda el precepto apostólico: “Orad sin cesar.” Representa el frente de un espacioso templo que se abre a la plaza del mercado. La inmensa plaza está llena de multitudes de hombres ansiosos, gesticulando, negociando—todos evidentemente concentrados en obtener ganancias. Pero Uno, que lleva un redondel de espinas en su sien y está arropado desde arriba hasta abajo en una prenda tejida sin costuras, camina silenciosamente entre el clamoroso gentío, y siembra un temor santo en el corazón aun más codicioso.

El segundo panel muestra los recintos del templo, y sirve para ilustrar la adoración común de la iglesia. Ministros de mantos blancos se apresuran de aquí y allá. Llevan aceite para la lámpara, agua para el lavabo y sangre del altar; con intenciones puras, sus ojos puestos en la gloria invisible, cumplen las obligaciones de su santo llamado.

El tercer panel nos presenta el santuario interior. Un adorador solitario ha entrado al otro lado del velo, y silenciosa y humildemente en la presencia de Dios, se inclina ante el Shekinah esplendoroso. Este cuadro representa **la vida secreta de oración** de la que el Maestro habló en términos familiares: “Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público” (Mat. 6:6).

Nuestro Señor da por hecho que su pueblo orará. Y por cierto, en las Escrituras, la obligación externa de orar por lo general es algo que se implica en lugar de ser algo que se impone. Impulsada por un instinto divinamente implantado, nuestra naturaleza clama buscando a Dios, al Dios viviente. Y no importa lo apagado que pueda estar este instinto por el pecado, despierta con poder en la conciencia de la redención. Los teólogos de todas las corrientes de opinión, y los cristianos de todo tipo, coinciden en el reconocimiento de este principio de la nueva vida. Crisóstomo ha dicho: “El hombre justo no deja de orar hasta que deja de ser justo”, y Agustín: “El que poco ama, poco ora, y el que mucho ama, mucho ora”, y Richard Hooker: “La oración es lo primero con que empieza la vida recta, y lo último con que termina”, y Père la Combe, “El que tiene un corazón puro nunca dejará de orar, y el que está dispuesto a ser constante en la oración sabrá lo que es tener un corazón puro”, y Bunyan: “si no es usted una persona que ora, no es cristiano”, y Richard Baxter: “La oración es el aliento de la nueva criatura” y George Herbert: “La oración...la sangre del alma.”

La oración es trabajo arduo

Y no obstante, por más instintiva que sea nuestra dependencia de Dios, no hay deber que las Escrituras recalquen más que el deber de tener comunión continua con él. La razón principal de esta incesante insistencia es *lo arduo que es orar*. Por su naturaleza, es una empresa laboriosa, y en nuestro esfuerzo por mantener el espíritu de oración, somos llamados a luchar contra principados y los poderes de las tinieblas.

“Querido lector cristiano”, dice Jacob Boehme, “orar bien es trabajo intenso”. La oración es la energía más sublime de la cual es capaz del hombre.¹ En un sentido es gloria y bendición; en otro, es trabajo y tribulación, batalla y agonía. Las manos levantadas comienzan a temblar mucho antes de que la batalla es ganada, los nervios en tensión y la respiración jadeante proclaman el agotamiento del “siervo celestial”. El peso sobre el corazón adolorido llena el rostro de angustia, aun cuando el aire de la medianoche sea fresco. La oración es el alma terrenal elevándose al cielo, la entrada del espíritu purificado al lugar santísimo; el rasgado del velo luminoso que resguarda, como detrás de cortinas, la gloria de Dios. Es la visión de las cosas no vistas; el reconocimiento de la mente del Espíritu; el esfuerzo por formar palabras que el hombre no puede pronunciar. El hombre que realmente ora una oración,” dice Bunyan, “ya no podrá, después de eso, expresar con su boca o su pluma los indescriptibles anhelos, sensaciones, amor y esperanzas dirigidos a Dios en esa oración.” Los santos de la iglesia judía tenían una energía admirable en su oración intercesora: “Golpeando las puertas del cielo con tormentas de oraciones,” tomaban el reino del cielo con violencia. Los primeros cristianos comprobaron en el desierto, en el calabozo, en el estadio y en la hoguera la verdad de las palabras de su Señor. “Pedid, y se os dará.” Sus almas ascendieron a Dios en súplica, mientras las llamas del altar se alzaban hacia el cielo. Los talmudistas afirman que en la vida cuatro cosas requieren fortitud, siendo la oración una de ellas. Alguien que vio a Tersteegen en Kronenberg comentó: “Me pareció que había ascendido derecho al cielo, y que se había perdido en Dios; pero muchas veces cuando había acabado de orar estaba blanco como la pared.” David Brainerd nota que en cierta ocasión, cuando su alma se había “ensanchado inmensamente” en su súplica, tenía “tanta angustia, y rogaba con tanta intensidad e impertinencia” que cuando se levantó de sus rodillas se sintió “extremadamente débil y abrumado.” “Casi no podía caminar derecho”, sigue diciendo, “tenía las coyunturas flojas, me corría el sudor por el rostro y el cuerpo, y parecía como si la naturaleza se disolvería”. Un escritor contemporáneo nos hace recordar a John Foster, quien solía pasar largas noches en su capilla, absorto en ejercicios espirituales, caminando de arriba para abajo por la intranquilidad de su espíritu, hasta que sus inquietos pies habían hecho huellas en el piso.²

Podríamos mencionar fácilmente múltiples ejemplos, pero no necesitamos ir más que a las Escrituras para encontrar ya sean preceptos o ejemplos que nos impresionen por lo ardua que es la oración que prevalece. ¿Acaso la súplica del salmista: “Avíame en tu camino...vivifícame en tu justicia...vivifícame conforme a tu misericordia...vivifícame conforme a tu juicio...vivifícame, Oh Señor, por amor de tu nombre”; y la queja del profeta evangélico: “Nadie hay que invoque tu nombre, que despierte para apoyarse en ti” no encuentran eco en nuestra experiencia? ¿sabemos lo que es “trabajar,” “luchar” “agonizar” en oración?³

Otra explicación de lo arduo de la oración radica en el hecho de que tenemos impedimentos espirituales: hay “el ruido de arqueros en los lugares para sacar agua”. San Pablo nos asegura que tendremos que mantener nuestra energía de oración “contra gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes”. El Dr. Andrew Bonar solía decir que si como el rey de Siria ordenaba a sus capitanes que no lucharan contra pequeños ni grandes, sino sólo contra el rey de Israel, el príncipe de los poderes del aire parece concentrar toda la fuerza de su ataque contra el espíritu de oración. Si puede ser victorioso allí, ha tenido su día de victoria.

A veces percibimos un impulso satánico dirigido directamente contra la vida de oración en nuestra alma. A veces somos llevados a experiencias de “sequedad” y de desiertos, y el rostro de Dios se oscurece sobre nosotros. A veces, cuando más nos esforzamos para sujetar todo pensamiento e imaginación a ser obediente a Cristo, pareciera que nos entregamos al desorden y a la inquietud. A veces la indolencia innata de nuestra naturaleza deja que el maligno la haga un instrumento con el cual puede apartar nuestra mente del ejercicio de la oración. Por lo tanto, debido a todas estas cosas, hemos de ser diligentes y resueltos, estando alertas como un guardia que recuerda que la vida de los hombres dependen de su estado de vigilia, de su inventiva y valentía.⁴ “Y a lo que vosotros digo”, dijo el Señor a sus discípulos, “a todos lo digo: Velad.”

Debemos mantenernos en guardia

Existen ocasiones cuando aun los soldados de Cristo descuidan lo que se les ha confiado y ya no velan con cuidado el don de la oración. Si algún lector que lee estas páginas nota pérdida de poder en la intercesión, falta de gozo en la comunicación, dureza e impenitencia en la confesión atienda esta advertencia: “Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras.”⁵

*“Oh, estrellas del cielo que pierden su brillo y flamean,
¡Oh, olas que susurran abajo!
¡Era tierra, o cielo o yo igual un año, un año atrás!
Las estrellas siguen morando en el cielo,
Las olas siguen sus embates de siempre;
El amor que yo una vez tenía se ha perdido
desde un año, un año atrás.”⁶*

El único remedio para esta falta de ganas es que debemos “volver a encender nuestro amor”, como escribiera Policarpo a la iglesia de Éfeso, “en la sangre de Dios.” Pidamos un nuevo don del Espíritu Santo para sacudir nuestro corazón perezoso, una nueva indicación de la *caridad de Dios*. El Espíritu nos ayudará a superar nuestras debilidades, y la misma compasión del Hijo de Dios se derramará sobre nosotros, arrojándonos de fervor, agitando nuestro amor hasta transformarlo en una vehemente llama, y llenando de cielo nuestra alma.

El hombre debe “orar siempre”—aunque desmayar espiritualmente le sigue a la oración como una sombra—“y no desmayar.” El terreno en que la oración de fe echa raíz es una vida de comunión constante con Dios, una vida en que las ventanas del alma siempre están abiertas hacia la Ciudad de Descanso. No conocemos el verdadero poder de la oración hasta que nuestro corazón está tan firmemente cerca de Dios que nuestros pensamientos se vuelven a él, como por un instinto divino, cuando se encuentra libre de las preocupaciones por las cosas terrenales. Se dice acerca de Origen (en sus propias palabras) que su vida era “un suplicar sin cesar”. Por este medio por sobre todos los demás se cumple el ideal perfecto de la vida cristiana. La comunión entre el creyente y su Señor nunca debería interrumpirse.⁷

La oración es continua

“La visión de Dios,” dice el Obispo Westcott, “hace que la vida sea una oración continua.” Y en esa visión todas las cosas fugaces se resuelven solas, y se ven en relación con las cosas que no se ven. En un sentido amplio de la palabra, la oración es la suma de todo el servicio que le rendimos a Dios,⁸ de modo que el cumplimiento del deber es, en un sentido, la realización de un servicio divino, y el dicho conocido, “Obrar es adorar” se justifica. “Mas yo oraba”, dijo un salmista (Sal. 109:4). “En toda oración y ruego, con acción de gracias”, dijo un Apóstol.

En el Antiguo Testamento se describe con frecuencia la vida saturada de oración como un caminar con Dios. Enoc caminó en seguridad, Abraham en perfección, Elías en fidelidad. Los hijos de Leví en paz y equidad. O se le llama un morar con Dios, como cuando Josué no se iba del tabernáculo, o como ciertos artesanos en la antigüedad vivían con el rey al trabajar para él. También se le define como un ascender del alma a la Presencia Sagrada; como los planetas “contemplando cara a cara”, suben a la luz del rostro del sol, o como una flor, llena de belleza y fragancia, se extiende hacia arriba hacia la luz. Otras veces, se dice que la oración es concentrar todas las facultades en un ardor de reverencia y amor y alabanza. Así como

una nota musical puede lograr la armonía entre varias voces mutuamente discordantes, los impulsos reinantes de la naturaleza espiritual unen al corazón para que tema el nombre del Señor.

Pero la descripción más conocida, y quizá la más impresionante de la oración en el Antiguo Testamento se encuentra en los numerosos pasajes en que la vida de comunión con Dios se describe como un esperar en él. Un gran erudito ha dado una definición hermosa de esperar en Dios: “Esperar no es meramente permanecer impasible. Es esperar—esperar con paciencia y también con sumisión. Es anhelar, pero no impacientemente; es querer, pero no preocuparse por la demora; estar a la expectativa, pero sin inquietarse; es sentir que si no llega cederemos, y aun así negarnos a dejar que la mente piense en ceder al pensamiento de que él no vendrá.”⁹

Ahora bien, nadie diga que una vida así es visionaria e infructuosa. El verdadero mundo no es este velo de los sentidos que nos cubre; la realidad pertenece a aquellas cosas celestiales de las cuales lo terrenal es meramente “copia” y similitud. ¿Quién es tan práctico como Dios? ¿Quién, entre los hombre, ha dirigido tan sabiamente sus esfuerzos en las circunstancias y las ocasiones que ha sido llamado a enfrentar, como lo ha hecho “el Hijo del Hombre que está en el cielo”? “Los que oran bien, trabajan bien. Los que oran más, obtienen los más grandes resultados.”¹⁰ Usando la frase impresionante de Tauler: “En Dios, no hay obstáculos.”

Orar en toda ocasión

Cultivar el hábito de orar asegura su expresión en todas las ocasiones apropiadas.

En tiempos de necesidad, por empezar; casi todos oraran. Moisés estaba de pie en las riberas del Mar Rojo, viendo el pánico de los hijos de Israel cuando se dieron cuenta que los alcanzaban las carrozas de Faraón. “¿Por qué clamas a mí?” dijo el Señor. Nehemías se encontraba en la presencia del Rey Artajerjes. El monarca notó su dolor interior, y dijo: “¿Por qué está riste tu rostro? pues no estás enfermo. No es esto sino quebranto de corazón.” Esa pregunta le dio oportunidad para admitir la respuesta de tres meses de oración; y expresó en una ferviente exclamación el intenso anhelo que había subido a Dios en esos lentos meses: “Entonces oré al Dios de los cielos.”

Además, aquel que vive su vida en comunión con Dios buscará y encontrará constantemente oportunidades para acercarse velozmente y con recurrente frecuencia al trono de gracia. Los apóstoles someten todo deber a la cruz; al nombre de Jesús sus almas fieles se remontan hacia el cielo en adoración y en alabanza. Los primeros cristianos nunca se reunían sin invocar una bendición, y nunca se separaban sin una oración. Los santos de la Edad Media dejaban que cada incidente pasajero los llamara a la oración intercesora—la sombra en el dial, las campanas de la iglesia, el vuelo del gorrión, el amanecer, la caída de una hoja. El pacto que Sir Thomas Browne hizo consigo mismo es bien conocido, pero nos aventuramos a referirnos a él una vez más: “Orar en todos los lugares que la quietud invite, en cualquier casa, camino o calle; y que no haya calle en esta ciudad que no haya sido testigo de que no he olvidado en ella a Dios y a mi Salvador; y que no haya parroquia o pueblo en que he estado del cual pueda decir lo mismo. Tomarme un momento para orar al ver una iglesia o al pasar por una. Orar diariamente, y particularmente por mis pacientes enfermos, y por todos los enfermos que estén al cuidado de quien sea. Y a la entrada de la casa del enfermo decir: “La paz y la misericordia de Dios sea sobre esta casa.” Después de un sermón elevar una oración y un deseo de bendición, y orar por el pastor.” Y mucho más similar a esto.

Lo repito, el que vive en espíritu de oración pasará mucho tiempo en *comunión a solas e íntima* con Dios. Es por tal dedicación consciente a la oración que se alimentan las frescas vertientes de devoción que fluyen a lo largo del día. Porque, aunque la comunión con Dios es la vida--energía de la naturaleza renovada, nuestra alma se “aferra al polvo”, y la devoción tiende a convertirse en una formalidad—se vacía a sí misma de su contenido espiritual, y se exhausta en obras externas. El Señor nos recuerda este grave peligro, y nos informa que la verdadera defensa contra la falta de sinceridad al acercarnos a Dios está en el ejercicio diligente de la oración privada.¹¹

En la época del Commonwealth, uno de los primeros cuáqueros, “un siervo del Señor, pero exteriormente un extraño”, entró en la asamblea de personas serias que se habían reunido para adorar a Dios. “Y después de un rato en que había esperado en el Señor en espíritu, tuvo la oportunidad de hablar; los demás estando en silencio, dijo a modo de exhortación: ‘Velad en guardia para el Señor.’ Estas palabras, dichas en el poder de Dios, tuvieron su efecto en casi todos los presentes, de modo que sintieron una gran ansiedad y temor en sus espíritus. Después de un breve lapso, volvió a hablar diciendo: ‘Lo que les digo, se los digo a todos: Velad.’ Volvió a guardar silencio por un momento, pero toda la congregación, sintiendo que este hombre estaba bajo algún poder y espíritu extraordinario, se preguntaba qué clase de enseñanza era ésta, ya que era una voz que la mayoría de los oyentes nunca habían oído antes, que proyectaba una autoridad tan grande que todos tuvieron que someterse a su poder.”¹²

Soldado de Cristo, está usted en territorio enemigo: “Velad para el Señor.”

2. El equipo

“Dios viene a mí en las horas de silencio, como el rocío matinal a las flores de verano.”
—Mechthild von Magdeburg.

*“Nunca nos irá bien del todo hasta que convirtamos el universo en un recinto de oración,
y sigamos en el Espíritu al ir de un lugar a otro.”*
—G. Bowen

“Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora.”

“De este tipo de oración”, dice Walter Hilton de Thurgarton, “habla nuestro Señor en un cuadro, a saber: *‘Y el fuego encendido sobre el altar no se apagará, sino que el sacerdote pondrá en él leña cada mañana... no se apagará.’* Es decir, el fuego del amor siempre estará encendido en el alma de un hombre o mujer devoto y limpio, el cual es el altar de Dios. Y el sacerdote cada mañana debe agregarle madera, y alimentar el fuego; es decir, este hombre por medio de salmos santos, pensamientos puros y un anhelo ferviente, debe alimentar el fuego del amor en su corazón a fin de que en ningún momento se apague.”¹³

El equipo para la vida interior de oración es sencillo, aunque no siempre es fácil de conseguir. Consiste particularmente de un *lugar quieto*, una *hora quieta*, y un *corazón quieto*.

1. Un lugar quieto

En lo que respecta a muchos de nosotros, el primero de estos, un *lugar quieto*, nos es accesible. Pero hay decenas de miles de nuestros hermanos creyentes para quienes es generalmente imposible retirarse a la soledad deseada del lugar secreto. La madre de familia en un inquilinato, el aprendiz en un alojamiento público, el labrador en su vivienda, el soldado en su barraca, el muchacho interno en una escuela, estos y muchos más quizá no puedan siempre valerse de un lugar de quietud. Pero, “vuestro Padre sabe.” Y es confortador reflexionar en que el propio Príncipe de los peregrinos compartió la experiencia de estos. En la cabaña del carpintero en Nazaret había, según parece, nueve personas que vivían bajo un mismo techo. Estaba el Niño Santo, María su madre y José. También estaban los “hermanos”—cuatro de ellos—y por lo menos dos “hermanas.” La cabaña consistía, supongamos, principalmente de una sala, el taller y una habitación interior—una alacena en que se guardaban las provisiones del día, los utensilios de cocina, la leña, etc. Ese rincón oscuro tenía una traba del lado de adentro, colocada, quizá, por el Hijo del carpintero porque ese recinto oscuro era su oratorio, no menos sagrado que el altar rodeado de la nube de la Presencia en el Templo.¹⁴

Después, cuando nuestro Señor comenzó su ministerio público, hubo ocasiones cuando le resultaba difícil tener el privilegio de la soledad. Era recibido frecuentemente por quienes le demostraban una cortesía mínima, y no le daban un lugar donde retirarse. Cuando su espíritu anhelaba comunión con su Padre, enfilaba sus pasos hacia los escarpados montes—“*Las montañas frías y el aire de la medianoche fueron testigos del fervor de su oración.*”

Y cuando, hombre sin casa, subía a Jerusalén para las fiestas, era su costumbre “valerse” del huerto de olivos de Getsemaní. Bajo las cargadas ramas de algún nudoso árbol que ya era viejo cuando Isaías era joven, nuestro Señor con frecuencia habrá durado, en la suave noche de verano, más que las estrellas.

Cualquier lugar puede ser un oratorio, siempre y cuando uno pueda encontrar aislamiento en él. Isaac iba a los campos para meditar. Jacob se demoró en la ribera oriental del Río Jaboc, después de que toda su compañía lo había cruzado; allí luchó con el Ángel y prevaleció. Moisés, escondido en las hendiduras de Horeb, observó la gloria que iba desapareciendo, indicando el camino por donde Jehová se había ido. Elías envió a Acab a comer y beber, mientras él mismo se retiró a la cima del Monte Carmelo. Daniel pasó semanas en un éxtasis de intercesión en las riberas de Hidekel, que otrora había dado agua al Paraíso.

Y Pablo, sin duda a fin de tener una oportunidad de meditar y orar sin interrupciones, “queriendo ir por tierra” fue de Troas a Asón.

Y si no mejor lugar, el alma que se acerca a Dios, puede arrojarse de quietud aun en la explanada o en la calle llena de gente. Una mujer pobre e una gran ciudad que nunca podía tener descanso del insistente clamor de sus pequeños, se hizo un santuario de la manera más simple. “Me tiré el delantal sobre la cabeza,” dijo ella, “y *eso* fue mi cámara.”¹⁵

2. Una hora quieta

Para la mayoría de nosotros puede resultar más difícil encontrar una *hora quieta*. No quiero decir una “hora” de exactamente sesenta minutos, sino una porción de tiempo apartada de las obligaciones del día, protegida de las incursiones del trabajo y de los placeres, y dedicada a Dios. Los devotos del mundo de antaño podían quedarse en los campos meditando sobre el Señor hasta que la oscuridad los envolviera. Pero nosotros que vivimos con el chirrido de maquinarias y el ruido del tráfico siempre en nuestros oídos, cuyas obligaciones se amontonan chocando una contra otras mientras que las horas vuelan, muchas veces nos sentimos tentados a distraer para otros usos esos momentos que deberíamos considerar sagrados para tener comunión con el cielo. El Dr. Dale dice que si cada día tuviera cuarenta y ocho horas, y cada semana tuviera ca-

torce días, quizá sería posible cumplir todo nuestro trabajo pero que, tal como son las cosas, es imposible. Hay algo de verdad en esta fantasiosa observación. Lo cierto es que si hemos de tener una hora quieta en medio de las muchas ocupaciones, manteniéndola sagrada, tenemos que tomar las medidas necesarias y negarnos a nosotros mismos. Tenemos que estar preparados para renunciar a muchas cosas que son placenteras y a algunas cosas que son lucrativas.¹⁶ Tendremos que redimir el tiempo, puede ser de alguna recreación, o de una relación social o del estudio o de las obras de caridad, si hemos de tener un rato cotidianamente para entrar a nuestra cámara y habiendo cerrado la puerta, orar a nuestro Padre que está en secreto.¹⁷

La tentación es quedarnos en este punto y, con humildad y seriedad, profundizarlo. A veces oímos decir: “Confieso que no paso mucho tiempo en el *cuarto secreto* (en oración silenciosa, solitaria), pero trato de cultivar el hábito de la *oración continua* (oraciones breves en medio de otras actividades). Con esto se implica que ésta vale más y es mejor que la primera. Las dos cosas no deben contraponerse. Cada una es necesaria para tener una vida cristiana bien ordenada; y cada una fue puesta en práctica perfectamente por el Señor Jesús. Él siempre estaba envuelto en el amor divino; su comunión con su Padre era constante; él era el Hijo del Hombre que está en el cielo. Pero San Lucas nos dice que tenía por costumbre retirarse al desierto y orar (Lucas 5:16). Dean Vaughan comenta así este versículo: “No se trataba de un solo retiro, ni de un solo desierto, ni de una sola oración, todo es plural en el original—los retiros se repetían; los desiertos eran más de uno, las oraciones eran habituales.” Las muchedumbres se agolpaban a su alrededor, se juntaban grandes multitudes para oírle y para que sanara sus enfermedades; y no tenía tiempo ni para comer. Pero encontraba tiempo para orar. Y éste que buscaba retiros con tanta soledad era el Hijo de Dios, que no tenía pecado para confesar, ni falta para lamentar, ni incredulidad para dominar, ni falta de amor para superar. Ni hemos de imaginarnos que sus oraciones eran meramente meditaciones tranquilas o éxtasis de comunión. Eran esforzadas, como de guerra, desde la hora en el desierto cuando los ángeles vinieron para ministrar al Hombre de Dolores postrado, hasta aquella terrible “agonía” en que su sudor era como gotas de sangre. Sus oraciones eran sacrificios ofrecidos con fuerte llanto y lágrimas.

Ahora bien, si era parte de la disciplina sagrada del Hijo encarnado tener frecuentes épocas de retiro, ¡cuánto más nos corresponde a nosotros, quebrantado como estamos e incapacitados por nuestros múltiples pecados, ser diligentes en el ejercicio de la oración privada!

Sugerencias prácticas

Cumplir este deber a prisa sería robarnos los beneficios que de él proceden. Sabemos, por supuesto, que la oración no puede medirse por divisiones de tiempo. Pero las ventajas que se derivan de la oración secreta no se obtienen a menos que se encare deliberadamente. Tenemos que “cerrar la puerta,” apartando y asegurando una porción suficiente de tiempo para el cumplimiento del compromiso asumido.

De mañana debemos encarar positivamente las obligaciones del día, anticipando aquellas situaciones en las que puede acechar la tentación, y prepararnos para aprovechar las oportunidades que se nos presenten que pueden ser útiles. Al llegar la noche debemos reflexionar en las providencias que hemos recibido, considerar nuestros logros con santidad, y procurar beneficiarnos de las lecciones que Dios quiere que aprendamos. Y, siempre, tenemos que reconocer el pecado y renunciar a él. Luego están los innumerables temas de oración que anhelamos orar que puedan sugerir el bien de la iglesia de dios, la conversión y santificación de nuestros amigos y conocidos, el adelanto del esfuerzo misionero y la venida del reino de Cristo. Todo esto no puede comprimirse en unos breves y apresurados momentos. Tenemos que tomarnos el tiempo adecuado cuando entramos al lugar secreto. Al menos una vez en su vida, el Sr. Hudson Taylor permanecía tan ocupado durante las horas del día en la dirección de la obra misionera que había fundado en la China, que le resultaba difícil encontrar un momento libre para la oración privada requerida. Por ello, se hizo determinó levantarse cada noche a las dos de la mañana, estar en comunión con Dios hasta las cuatro, para luego acostarse y dormir hasta la mañana.

En la iglesia judía era costumbre apartar un sector de tiempo para la meditación y oración tres veces al día: a la mañana, al mediodía y a la noche (Sal. 55:17; Dan. 6:10). Pero en las tierras bíblicas hay una pausa natural al mediodía que nosotros en nuestro clima más fresco por lo general no observamos. Donde es posible apartar unos momentos a mitad de camino en las obligaciones del día, por cierto debe hacerse.¹⁸ Y la naturaleza misma nos enseña que la mañana y la noche son ocasiones apropiadas para acudir a Dios.

Una pregunta que se comenta con frecuencia, y no deja de ser de interés es: ¿Debemos usar una hora a la mañana o a la noche para nuestro período más deliberado y prolongado de esperar en Dios? Es probable que cada uno pueda contestar esta pregunta por sí mismo de la manera más provechosa. Pero debe entenderse siempre que hemos de dar a Dios lo mejor de nosotros mismos.

3. Un corazón quieto

Para la mayoría de nosotros, quizá es aún más difícil tener un *corazón quieto*. Los que se dedicaban a la contemplación en la Edad Media querían presentarse ante Dios en silencio, a fin de que les enseñara lo que sus bocas debían decir, y sus corazones esperar. Stephen Gurnall reconoce que es mucho más difícil colgar la gran campana en su lugar que hacerla repicar cuando ya ha sido colgada. Mc’Cheyne solía decir que mucho de su tiempo de oración era dedicado a prepararse para orar.¹⁹ Un puritano de Nueva Inglaterra escribe: “Mientras estaba en la Palabra, vi que tenía un corazón salvaje, que era más difícil de soportar y tolerar ante la presencia de Dios en una ordenanza, que un pájaro ante cualquier hombre.” Y Bunyan

comenta de su propia profunda experiencia: “¡Oh! Los agujeros de entrada que el corazón tiene en el tiempo de oración; nadie sabe cuántos desvíos y callejones tiene el corazón para apartarse de la presencia de Dios.”²⁰

En particular hay tres grandes (pero sencillos) actos de fe que sirven para mantener nuestra mente en Dios

(a) Debemos, en primer lugar, reconocer que **somos aceptados delante de Dios** a través de la muerte del Señor Jesús. Cuando un peregrino de la iglesia griego o latina llega a Jerusalén, su primer acto, antes de buscar comida o descanso, es visitar el lugar tradicional de la pasión del Redentor. Nuestro primer acto en oración debe ser entregar nuestra alma al poder de la sangre de Cristo. Era en el poder del sacrificio ritual que el sumo sacerdote de Israel pasaba por el velo el día de expiación. Es en el poder de la ofrenda aceptada del Cordero divino que tenemos el privilegio de comparecer ante la presencia de Dios. “Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura. Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió” (Heb. 10:19-23).

*“Estaba yo cargado de pecados, y de miles de mundos también,
Pero por esta senda entré—por la sangre del Cordero que murió.”*

(b) Es también importante que confesemos y **recibamos del Espíritu Santo la gracia que capacita**, sin quien nada es santo, nada es bueno. Porque es él quien nos enseña a clamar: “Abba, Padre”, que indaga para nosotros las cosas profundas de Dios, que nos revela la mente y voluntad de Cristo, que nos ayuda en nuestras debilidades e intercede por nosotros, “según Dios”.²¹ Y todos nosotros “mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, sois transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2 Cor. 3:18). Cuando entramos a la cámara interior debemos presentarnos ante Dios con humildad y confianza, y abrir nuestros corazones para que el Espíritu Santo entre y lo llene. De esta manera recibiremos del Espíritu que ora, y nos entregamos al Cristo que ora, aquellas peticiones que son de origen divino, y que se expresan a través de nuestro corazón finito y nuestros labios manchados de pecados, con “gemidos indecibles.” Sin el apoyo del Espíritu Santo, la oración se convierte en un asunto increíblemente dificultoso. “En lo que respecta a mi corazón”, decía uno que se ocupaba profundamente en este ejercicio, “cuando voy a orar, me cuesta tanto acudir a Dios, y cuando estoy con él, me cuesta tanto quedarme con él, que muchas veces me veo forzado en mis oraciones, primero a rogarle a Dios que tome mi corazón y lo coloque en sí mismo en Cristo, y cuando esté allí, que lo guarde allí. No, muchas veces no sé qué orar porque soy tan ciego, ni cómo orar porque soy tan ignorante; bendecidos por gracia, sólo el Espíritu nos ayuda en nuestras debilidades.”

(c) Una vez más, como “el Espíritu se desplaza más triunfante en su propia carroza,” el medio que ha escogido para iluminar, confortar, despertar y reprender es la Palabra de Dios, por lo tanto, es bueno para nosotros al principio de nuestras oraciones **dirigir nuestro corazón hacia las Sagradas Escrituras**. Ayudará mucho a calmar la mente “contraria” si abrimos el tomo sagrado y lo leemos como en la presencia de Dios, hasta recibir de la página impresa una palabra del Eterno. George Mueller confesó que muchas veces no podía orar hasta haber concentrado su mente en un texto.²² ¿Acaso no es prerrogativa de Dios romper el silencio? “Mi corazón ha dicho de ti: Buscad mi rostro. Tu rostro buscaré, oh Jehová” (Sal. 7:8). ¿Acaso no es apropiado que su voluntad ordene todos los actos de nuestras oraciones con él? Guardemos silencio ante Dios, a fin de que pueda moldearnos.

3. La dirección de la mente

*“Debes dedicarte a orar, a fin de poder entregarte enteramente a las
manos de Dios, con resignación perfecta, realizando un acto de fe,...
y procurando durante un día entero, un año entero y tu vida entera
continuar con aquel primer acto de contemplación, por fe y amor.”*

—Molinos.

“Satanás ataca la raíz de la fe o la raíz de la diligencia.”

—John Livingstone.

*“En resumen: recuerda siempre la presencia de Dios; gózate siempre
en la voluntad de Dios; y haz todo para la gloria de Dios.”*

—Arzobispo Leighton.

En Essex, en el año 1550, un grupo de creyentes que había aceptado la Palabra de Dios como su única regla de fe y práctica, y que, por lo tanto, difería en ciertos particulares con el partido dominante de la iglesia, se reunieron para conversar

sobre el orden del culto. El punto principal en el debate se relacionaba con la actitud que uno debe tener al orar—si era mejor hacerlo de pie o de rodillas, tener la cabeza cubierta o descubierta. La decisión a la que llegaron fue que la verdadera cuestión era no la postura del cuerpo, sino la dirección de la mente. Coincidieron en que la actitud más correcta es la que expresa los anhelos y los sentimientos del alma.

Las palabras de nuestro Señor en Mateo 6:6 indican claramente la actitud apropiada del espíritu al acercarnos a Dios.

1. Tener conciencia de la presencia de Dios

En primer lugar, es necesario que *tengamos conciencia de la presencia de Dios*.²³ Aquel que llena la tierra y el cielo “está”, en un sentido único e impresionante, en el lugar secreto. Así como la energía eléctrica difusa en la atmósfera se concentra en el relámpago, de la misma manera la presencia de Dios es vívida y poderosa en la cámara de oración. El obispo Jeremy Taylor refuerza esta regla con palabras majestuosas y abundantes: “Al iniciar acciones de la religión, sea éste un acto de adoración; es decir, adore solemnemente a Dios, y colóquese ante la presencia de Dios, y contémplole con el ojo de la fe; y deje que sus anhelos se centren en él como el objeto de su adoración, y la razón de su esperanza y la fuente de sus bendiciones. Porque cuando se ha colocado usted ante él, arrodillándose en su presencia, lo más probable es que las partes que siguen en su devoción coincidirán con la sabiduría de tal percepción y la gloria de tal presencia.”

Nuestro Padre “está” en el lugar secreto. Entonces lo encontraremos en el interior de un espíritu “concentrado”, en la quietud de un corazón unido para temer su nombre. el rocío cae más copiosamente de noche cuando no hay viento. Las grandes mareas suben “llenas de estrépito o espuma”. El suplicante que ora con una verdadera dirección de espíritu, “Padre nuestro que estás en los cielos” con frecuencia es levantado al cielo aun antes de percibirlo. Pero, ¡oh, qué poco común es!” exclama Fenelón, “¡Qué poco común es encontrar un alma lo suficientemente quieta como para oír hablar a Dios!” Tantos de nosotros tenemos oídos mal entrenados. somos como los cazadores indios que menciona Whittier, que pueden oír una ramita que se quiebra a gran distancia en el oscuro bosque, pero no oyen el tronar de las cataratas Niágara que tienen a pocos pasos. El hermano Lawrence, quien vivió para practicar la presencia de Dios, dice esto: “En cuanto a mis horas fijas de oración, son sólo una continuación del mismo ejercicio. A veces me considero como una roca ante el escultor, de la cual hará una estatua; presentándome ante Dios anhelo que forme en mi alma su imagen perfecta, y me haga totalmente como él. Otras veces, cuando me dedico a la oración, siento que mi espíritu y toda mi alma se levanta sin ningún intento o esfuerzo de mi parte, y continúa como si estuviera suspendido y firmemente concentrado en Dios, como si estuviera en su centro y lugar de descanso.”

Tener conciencia de la presencia divina es la condición inflexible del compromiso espiritual correcto en el ejercicio de la oración privada.

John Spilsbury de Bromgrove, quien fue puesto en la cárcel de Worcester por testificar de Cristo, dio este testimonio: “De aquí en adelante no le tendré miedo a la prisión como antes, porque tuve tanto de la compañía de mi Padre celestial que resultó ser un palacio para mí.” Otro, siendo un caso similar, testificó: “Pensé en Jesús hasta que cada piedra en mi celda brillaba como un rubí.” Y para nosotros también, en nuestra medida, la gris habitación en que hablamos con Dios, como un hombre habla con su amigo, brillará a veces como un zafiro o una sardónice, y nos será como la hendidura de la roca en Sinaí, a través de la cual se desplazaba la gloria no creada, hasta que el profeta quedó encandilado, y su rostro brillaba como una llama

Nuestra conciencia de la presencia de Dios puede, por lo tanto, estar acompañada de poco o nada de emoción. Nuestro espíritu puede estar como muerto bajo la mano de Dios. La visión y el éxtasis también pueden ser retirados. Pero no por ello hemos de descuidar la oración. En lugar de dejar de orar en esos momentos, hemos de redoblar nuestras energías. Y podría ser que la oración que asciende a Dios a través de la oscuridad nos traiga una bendición tal como no hemos recibido ni en nuestras mejores horas. La oración que brota de “la tierra del olvido”, “del lugar de la tinieblas”, “del vientre del infierno”, bien podría devolvernos un beneficio abundante y glorioso.

A la vez, hay épocas especialmente privilegiadas cuando los vientos de Dios se desatan alrededor del trono de la gracia, y el aliento de la primavera se comienza a percibir en los jardines del Rey. Los predicadores escoceses solían hablar mucho acerca de obtener *acceso*. Y se cuenta acerca de Robert Bruce que cierta mañana, cuando se presentaron ante él dos visitantes, les dijo: “Deben retirarse y dejarme por un rato. Pensé anoche cuando me acosté que contaba con una buena medida de la presencia del Señor, pero ahora he luchado por una hora o dos, y todavía no he obtenido acceso.” Es posible que en su soledad había una subjetividad desmedida, no obstante, la sinceridad de su anhelo es ciertamente digno de elogio. ¿De qué vale morar en Jerusalén si no podemos ver el rostro del Rey? Y cuando sale de sus habitaciones reales y se acerca acompañado de bendiciones, ¿hemos acaso de abstenernos de rendirle culto y ofrecerle nuestro servicio? Jonathan Edwards tomó la resolución de que sea cuando fuere que se encontraba “con buena disposición para la contemplación divina”, no dejaría que ni siquiera la hora de comer al mediodía interrumpiera su compromiso con su Señor. “Renuncio a mi comida”, dijo, “antes que romper mi compromiso.” Cuando el fuego de Dios brilló sobre el Monte Carmelo, fue Acab el que descendió para comer y beber: fue Elías el que subió para orar (1 Reyes 18).

2. Honestidad en la oración

Una vez más, Aquel que “está” en el lugar secreto “ve” en secreto, *y nos conviene ser honestos en nuestros tratos* al arrodillarnos ante su presencia inmaculada.

Al dirigirnos a Dios nos gusta hablar de él como nos parece que debemos de hablar, y hay ocasiones en que nuestras palabras son más rápidas que nuestros sentimientos. Pero es mejor que seamos totalmente francos ante él. Él nos permite decir cualquier cosa que querramos, siempre y cuando se la digamos a él. “Diré a Dios: roca mía” exclama el salmista, “¿por qué te has olvidado de mí?” (Sal. 42:9). Si hubiera dicho: “Señor, tú no puedes olvidar: Tú has inscrito tu nombre en las palmas de tus manos”, hubiera sido un hablar más digno, pero menos cierto. En cierta ocasión Jeremías no comprendió a Dios para nada. Clamó, como con enojo: “Me sedujiste, oh Jehová, y fui seducido; más fuerte fuiste que yo, y me venciste” (Jer. 20:7). Estas son palabras terribles para pronunciar delante de Aquel que es la verdad que no cambia. Pero el profeta dijo lo que sentía, y el Señor no sólo lo perdonó, sino que se encontró con él allí y lo bendijo.

Es posible que alguno que lea estas palabras tenga una queja contra Dios. Entre su alma y la gracia divina hay una controversia vigente desde hace mucho tiempo. Si fuera a decir la palabra que tiembla en sus labios, diría: “¿Por qué me has tratado de esta manera?” Entonces, atreva a decir, con reverencia y valentía, todo lo que siente en su corazón. “Alegad por vuestra causa, dice Jehová; presentad vuestras pruebas, dice el Rey de Jacob” (Isa. 41:21). Lleve su queja a la luz de su rostro, presente su queja allí. Luego escuche su respuesta. Porque, con seguridad, con benignidad y verdad, se exonerará del cargo de crueldad que le imputa. Y en su luz verá usted luz. Pero, recuerde que este es un asunto privado entre usted y su Señor, y usted no debe difamarlo ante nadie. “Si dijera yo: Hablaré como ellos, he aquí, a la generación de tus hijos engañaría” (Sal. 73:15). John Livingstone de Ancrum, en un día de tinieblas, tomó una resolución por demás excelente: “Encontrándome, a mi entender, abandonado y sin que mi caso en particular fuera atendido, le hice una promesa a Dios de no contárselo a nadie más que a él, para no quejarme ni fomentar la incredulidad en mí mismo y en otros.”

Pero hay otro aspecto en el que debe haber honestidad en la oración. Sin duda ha habido momentos en la vida de cada uno de nosotros, cuando el Espíritu de Dios nos ha aumentado nuestro amor y anhelo de él. Nuestras oraciones se remontaban por distancias celestiales, y se aprestaban a cerrar sus alas ante el trono cuando, de pronto, vino a mente un deber no cumplido, un capricho dañino tolerado, algún pecado del cual no nos hemos arrepentido. Era con el fin de que renunciemos a lo que es malo y sigamos lo que es bueno, que el Espíritu Santo nos dio con tanta abundancia su ayuda en nuestra oración.²⁴ Su propósito fue que en la hora buena de su visitación, nosotros pudiéramos purificarnos de toda mancha, a fin de que en adelante pudiéramos vivir como su “posesión adquirida”. Y quizá, en un caso así, hemos despreciado la luz y nos hemos vuelto atrás en nuestro anhelo de Dios. Entonces las tinieblas se derramaron sobre nuestro rostro; el Consolador divino, que “llevó nuestras enfermedades”, habiendo sido entristecido, se retiró. Y a esa hora, probablemente, podemos adjudicar nuestra actual debilidad en el ejercicio santo de la oración. “si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me habría escuchado” (Sal. 66:18). “El que aparta su oído para no oír la ley, su oración también es abominable” (Prov. 28:9). “Pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír” (Isa. 59:2). “Cuando extendáis vuestras manos, yo esconderé de vosotros mis ojos; asimismo cuando multipliquéis la oración, yo no oiré” (Isa. 1:15). En la telegrafía inalámbrica, si el receptor no está sintonizado al transmisor, no puede haber comunicación. En la verdadera oración, Dios y el suplicante tienen que estar “sintonizados”. Cavalier, líder hugonote que había vivido durante años disfrutando de una comunión sin interrupción con Dios, engañado por la vanidad, renunció a la causa a la cual había dedicado su vida. Finalmente, vino a Inglaterra y se sumó a las filas del ejército británico. Cuando fue presentado a la Reina Ana, ella preguntó: “¿Le visita Dios ahora señor Cavalier?” El joven militar inclinó la cabeza y guardó silencio. Christmas Evans nos cuenta de una eclipse de fe que experimentó. Éste fue seguido por un período de falta de poder y decadencia. Pero el Señor lo visitó en su misericordia “Lázaro había estado muerto cuatro días cuando Jesús llegó.” Inmediatamente empezó a rogar que le fueran restaurados el fervor y la alegría de años anteriores. “En la montaña de Caerphilly”, contó, “el espíritu de oración cayó sobre mí como lo había hecho en el pasado en Anglesea. Lloré y rogué, y me entregué a Cristo. Lloré por largo tiempo y rogué a Jesucristo, y mi corazón derramó todos sus peticiones ante él en la montaña.” Esto fue seguido por un período de maravillosas bendiciones.

Por otro lado, “Si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios; y cualquiera cosa que pidiéramos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él” (1 Juan 3:21-22).

Los escritores devocionales de la Edad Media acostumbraban distinguir entre “una intención pura” y “una intención correcta.” La primera, decían, era el fruto de la santificación; la última era la condición de la santificación. La primera implicaba una voluntad entrenada y disciplinada, la última una voluntad rendida humildemente a los pies del Señor. Ahora bien, lo que Dios requiere de los que buscan su rostro es “una intención correcta”—una aceptación deliberada, resignada, gozosa, de su voluntad buena y perfecta. Toda oración verdadera tiene que basarse en la gran expiación, en la que el Hombre de Dolores convirtió en “pasión activa” la súplica de su agonía: “Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú” (Mat. 26:39). Él nos ha transmitido su propia oración: la ofrecemos en el poder de su sacrificio. “Cuando oréis, decid: Padre nuestro...hágase tu voluntad” (Lucas 11:2).

3. Fe

Una vez más, es necesario que cuando nos acerquemos a Dios lo hagamos con fe. “Orad a vuestro Padre.” “Cuando oréis, decid: Padre nuestro.” “No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino” (Lucas 12:32). “Vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad” (Mat. 6:8). “El Padre mismo os ama” (Juan 16:27). Toda la filosofía de la oración está contenida en palabras como éstas: “Esta palabra ‘Padre’”, escribe Lutero, “ha sobrepasado a Dios.”

(a) Admitamos ante todo que con Dios, *ningún milagro es imposible*. Reconozcamos que él es galardonador de aquellos que lo buscan diligentemente, **ninguna oración verdadera quedará sin bendición**. Pero la fe en Dios no es de ninguna manera algo liviano o trivial. Robert Bruce de Edinburgo a veces hacía una pausa en su predicación e, inclinándose sobre el púlpito, decía con mucha solemnidad: “Creo que es un asunto importante creer que hay un Dios.” Cierta vez confesó que durante tres años nunca había dicho: “Dios mío”, sin sentirse “desafiado e intranquilo por haberlo dicho.” “Estas palabras, ‘Dios mío,’” dijo Ebenezer Erskine, “son la médula del evangelio.” Poder tener al Dios viviente dentro de nuestras débiles manos, y decir con seguridad: “Nos bendecirá Dios, *el Dios nuestro*” (Sal. 67:6), requiere una fe que no nace de la naturaleza.

Pero reconforta recordar que aun una fe débil prevalece a fin de vencer. “¿No es una maravilla”, dice Robert Blair, “que nuestras palabras en oración, que casi mueren al salir de nuestra boca, se eleven tanto que llegan al cielo?” Sí, es una maravilla, pero todos los actos de Dios por su gracia son maravillosos. Al igual que el minero, cuyos ojos están entrenados para detectar el brillo del metal precioso sembrado en escasos copos en la tosca superficie de las rocas, el Señor observa la escasa, pero costosa fe incrustada en nuestra incredulidad. De pie en la ladera de aquel buen Monte Hermón, nuestro Señor dijo a sus discípulos: “Si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible” (Mat. 17:20). El monte que la palabra de fe levantaría y botaría al mar era la masa inmedible que llena el horizonte al norte de Palestina, cuyas raíces se desplazan por toda la tierra de Emanuel, cuyo rocío refresca la ciudad de Dios.

*“La fe, poderosa fe, la promesa ve, y fija sólo en ella su mirada;
Se ríe de las imposibilidades y exclama: Será hecho.”*

Cuando los peregrinos (en *El progreso del peregrino* de Bunyan) llegaron a las Montañas Deleitables, los pastores les mostraron un hombre de pie sobre los Montes de las Delicias quien “llenaba los collados de palabras.” Aquel hombre era el hijo del Sr. Gran Gracia, el campeón del Rey, y se encontraba allí para “enseñar a los peregrinos a orar hasta recibir bendición y, con fe, quitar de sus caminos las dificultades que encontraban.”

(b) Pero este Dios nuestro es nuestro Padre. **El Señor nos confiere sus propios derechos y privilegios**. Pone en nuestra mano la llave maestra que abre las puertas de los tesoros de Dios. “Porque todas las promesas de Dios son en él Sí, y en él Amén, por medio de nosotros, para la gloria de Dios” (2 Corintios 1:20). En él nos acercamos a Dios. En él presentamos nuestros ruegos con audacia. Ralph Erskine nos dice que, cierta noche de domingo, tuvo una libertad inusual en la oración por medio del nombre del Señor Jesús: “Recibí ayuda para orar en secreto en un derramar de mi alma ante el Señor, reconociendo mi derecho a la promesa, mi derecho al perdón, mi derecho a la gracia, mi derecho al pan diario, mi derecho a una vida confortable, mi derecho a una muerte sin dolor, mi derecho a una resurrección gloriosa y mi derecho a la vida eterna y felicidad: estar sólo, sólo en Cristo y en Dios por medio de él como un Dios que promete.”

Cuando oramos a nuestro Padre ofrecemos nuestras oraciones *en el nombre de Jesús* por su autoridad. Pero no debemos pensar que podemos usar el nombre de Jesús como nos plazca. No sería sabio que Dios tratara con sus hijos como Asuero trató a Mardoqueo cuando le dio la autorización de usar su sello, diciéndole: “Escribid, pues,... como bien os pareciere, en nombre del rey, y selladlo con el anillo del rey; porque un edicto que se escribe en nombre del rey, y se sella con el anillo del rey, no puede ser revocado” (Ester 8:8). Juan Bunyan muestra su acostumbrado discernimiento espiritual cuando en su obra *Guerra Santa*, habla de las peticiones que los hombres de “Alma del hombre” enviaron a Emanuel, a las cuales no dio ninguna respuesta. Después de un tiempo “acordaron juntos preparar otra petición, y enviársela a Emanuel para obtener su ayuda. Pero el Sr. Temor-santo se puso de pie y respondió que él sabía que su Señor, el Príncipe, nunca había recibido ni habría de recibir una petición sobre estas cuestiones firmadas por nadie excepto por el Señor Secretario. ‘Y esto,’ afirmó él, ‘es la razón por la cual no habéis prevalecido todo este tiempo.’ entonces dijeron que prepararían una y le pedirían la firma al Señor Secretario. Pero el Sr. Temor-santo volvió a contestar que él también sabía que el Señor Secretario no firmaría ninguna petición que él mismo no hubiera ayudado a redactar.”²⁵

La oración de fe es un término medio entre la intercesión del Espíritu Santo y la intercesión de Cristo.²⁶ Es el medio divinamente determinado por el cual los gemidos indecibles del Espíritu que mora en su pueblo como en un templo, son comunicados y puestos en manos del Mediador exaltado, quien vive “siempre para interceder por” nosotros. Y es así como de una manera peculiar y especial, los que mencionan al Señor reciben la gracia de ser colaboradores juntamente con Dios.

4. El compromiso: Adoración

“Te alabamos... te damos gracias por tu grande gloria, Oh, Señor Dios.”

—Libro de oración común.

“Alabadle, alabadle siempre por recordar el polvo de la tierra.”

—Morgan Rhys.

“Cuando hayas cerrado tu puerta, ORA.” La palabra usada aquí, esa palabra que con más frecuencia se usa en el Nuevo Testamento para referirse a la oración, implica *un anhelo hacia*; y aunque sugiere petición, es suficientemente general como para incluir la totalidad de nuestro compromiso en el lugar secreto: *Adoración, confesión, petición*. En este capítulo hablaremos del primero de estos: *Adoración*.

Cuando Escipión Africano hizo su entrada en Roma, después de haber conquistado la orgullosa ciudad de Cartago, marchó por la Vía del Triunfo, cruzó por las pendientes del Velia, pasó reverentemente por la antigua Vía del Sacrificio, luego subió la larga cuesta al Capitolio, arrojando a mano llenas “los obsequios del victorioso”, mientras el aplauso del gentío irrumpía en todo el ambiente. Entre las multitudes felices, probablemente habría algunos cuyo sentimiento más evidente era de gratitud por la liberalidad del conquistador en esa hora de triunfo. Otros festejaban el final de los años de terror, y pensaban con emoción en los hermosos campos de Italia, liberados ahora del yugo del extraño. En cambio otros, olvidando por el momento los beneficios personales o el engrandecimiento nacional, aclamaban las cualidades personales del victorioso: su habilidad, su benevolencia, su valentía, su cortesía.

Similarmente, el tributo de alabanza que se indica que rindan los santos al Señor puede surgir ya sea (a) del reconocimiento de sus misericordias diarias, o (b) de gratitud por la gran redención o (c) de la contemplación de la perfección divina.

(a) Reconozca las misericordias diarias

“La memoria”, dice Aristóteles, “es el escriba del alma.” Saque ella sus tablas y escriba. Fraser de Brea, siendo en un tiempo prisionero en nombre de Cristo en la isla de Bass, resolvió que buscaría y registraría las tiernas misericordias de Dios. Así lo hizo con muy felices resultados para su propio espíritu. Dice: “Recordar y meditar seriamente en los tratos del Señor conmigo en relación con mi alma y cuerpo, sus múltiples misericordias, me ha hecho mucho bien, me ha aclarado mi caso, ha confirmado a mi alma el amor de Dios y mi interés en él y me ha hecho amarle. Oh... qué fuentes de agua han visto mis ojos, que antes estaban escondidas. No ha habido cosa que me hiciera más bien que esto.” Tomémonos la molestia de observar y considerar los tratos del Señor con nosotros, y ciertamente recibiremos nuevos conceptos de su bondad y verdad que enriquecerán nuestra alma. sus misericordias son nuevas cada mañana. Hace las puestas del sol para que nos regocijemos. Sus pensamientos acerca de nosotros son tantos como las arenas en la playa, y todos son pensamientos de paz. Esos beneficios que se repiten con tanta regularidad que nos parecen “comunes” y “ordinarios”, que penetran con hilos de oro nuestro quehacer cotidiano, deberían ser conmemorados con cariño. Porque, con frecuencia, son indescriptiblemente grandes. “He vivido hoy el placer más exquisito que jamás he tenido en mi vida”, dijo un joven inválido, “pude respirar libremente durante unos cinco minutos.” en la casa del Dr. Judson en Birmania, unos amigos dialogaban sobre la forma más elevada de felicidad que podría surgir de las circunstancias externas, y cada uno daba fuerza a su propia opinión citando a alguna autoridad. Opinó el Dr. Judson, quien había estado recordando su terrible encarcelamiento en Ava: “Estos hombres no tienen autoridad para juzgar. ¿Qué le parece navegar por el río Irrawandi una noche fresca de luna, con su esposa a su lado y su infante en sus brazos libres, todos libres? Pero esos tampoco lo pueden comprender; Necesitarían veintidós meses para estar calificados; y no lamento mis veintidós meses de miseria cuando recuerdo aquella deliciosa emoción. Después de eso, creo que tengo un mejor aprecio de lo que puede ser el cielo.” Pero, ¿cuántas veces agradecemos a Dios por el mero gozo de poder vivir contando libre y sanamente con todas nuestras facultades?

“El río pasó, y de Dios se olvidó”, es un proverbio inglés que jamás debe aplicarse a los que han gustado de la generosidad del Señor. “En los íntegros es hermosa la alabanza” (Sal. 33:1) es el juicio del Antiguo Testamento; “Dad gracias en todo” (1 Tes. 5:18) es la decisión del Nuevo. Aun un pagano se sintió movido a decir: “¿qué puedo hacer yo, un viejo cojo, más que cantar sus alabanzas y exhortar a otros a hacer lo mismo?”²⁷ Por la hermosura de la naturaleza, la comunión de los buenos, el tierno amor del hogar; por protección en la tentación, la fuerza para vencer, ser librados del mal; por la generosidad, paciencia y compasión de Dios; y por los diez mil miles de misericordias no observadas o no recordadas, sin desmayar bendigamos su Santo Nombre. “Alabad a Jehová, porque él es bueno, porque para siempre es su misericordia” (Sal. 136:1).²⁸

¿Pero si las cosas nos van mal, y las pruebas oscurecen nuestro cielo, ¿hemos aun entonces dar gracias y bendecir a Dios? Por cierto que sí.

*“Las pruebas endulzan la promesa;
Las pruebas dan nueva vida a la oración;
Las pruebas me traen a sus pies, en adoración y me mantienen allí.”*

Demos gracias a Dios por nuestras pruebas. Moramos, quizá, en una tierra angosta. Pero, como el jardín de Emanuel Kant, “su altura es sin fin”. El aire es fresco y brilla el sol. El invierno es frío, pero manso. Con la primavera viene el canto de los pájaros y se abren y dan su fragancia las flores. Y si, aun en el verano, el aire está frío, siempre está la sonrisa de Dios que da salud. Por otra parte, cuán cierta es la afirmación de Agustín: “Las riquezas terrenales están llenas de pobreza”. La abundancia de grano y vino nunca satisfarán al alma hambrienta. La púrpura y el lino fino probablemente escondan una vida en harapos. El toque estruendoso de la trompeta de la fama no puede apagar las discordancias del espíritu. La mejor noche que jamás pasó Jacob fue aquella cuando tuvo una roca por almohada y los cielos como cortinado de su tienda. Cuan-

do a Job lo despreciaron jóvenes, cuyos padres él ni hubiera sumado a los perros de su manada, fue hecho un espectáculo para los ángeles y fue el tema de su admiración y gozo. El fracaso que Adán tuvo en el Paraíso, el Redentor quitó en la desolación del desierto y en la angustia de su pasión. La cruz que somos llamados a cargar puede ser pesada, pero no la tenemos que cargar lejos. Y cuando Dios nos ordena que la dejemos, empieza el cielo.

Crisóstomo, camino al destierro, exclamó: “Gracias a Dios por todo.” Si lo imitamos nunca tendremos un día malo. Alejandro Simson, famoso pastor escocés que vivió hace doscientos años, un día salió a caminar, se cayó y rompió la pierna. Lo encontraron “sentado con su pierna rota en el brazo, y exclamando sin parar: ‘Bendito se al Señor; bendito sea su nombre.’” Y en realidad fue sabio, ya que todas las cosas ayudan a bien a los que aman a Dios. Richard Baxter encontró razón para bendecir a Dios por la disciplina del dolor que soportó durante treinta y cinco años. Y Samuel Rutherford exclama: “¡Oh, cuánto le debo al horno, a la lima y al martillo de mi Señor Jesús!”

(b) Gratitud por la redención

Pero todas nuestras misericordias, vistas correctamente, llevan nuestro pensamiento nuevamente a nuestra aceptación de Cristo. El río del agua de vida, que alegra al desierto, fluye de debajo del trono de Dios y del Cordero. Los beneficios de ese generoso pacto que ha sido ordenado son confirmados todos por sello de sangre para nuestro uso y placer. “No hay don que su mano otorgue que no le haya causado dolor a su corazón .”

Quizá no haya más agua en la botella, pero la Fuente del Juramento fluye fresca al alcance de la mano, tan cerca que podemos oír la música de su corriente. Los ladrones pueden robarnos nuestro dinero, “pero nuestro oro está en nuestro baúl en casa”. Dios nos puede quitar mucho de lo que amamos, pero ¿no nos ha dado a Cristo? Y sea como fuere que la oración de gratitud circule adentro y afuera entre las generosas providencias de Dios, infaliblemente terminará descansando a los pies del Señor.

Pero alabar a Cristo es un ejercicio arduo. Lo que Thomas Boston dice de la predicación se aplica también a la alabanza: “Consideré que predicar a Cristo es la cosa más difícil porque, aunque todo el mundo está lleno de maravillas, aún hay cosas más profundas para explorar.” Y considerándolo así, dejó pendiente esta “petición” delante de Dios por largo tiempo: “Que pudiera ver a Cristo por iluminación espiritual.” Tan ansioso estaba porque su ruego fuera aceptado, y tan doloroso para su alma era su ignorancia de Cristo que su salud corporal empezó a afectarse. No obstante, como nos dice él, había momentos cuando su alma rebozaba de amor hacia Cristo, siguiéndolo con todo su ser, de modo que “experimentó mucho contentamiento, regocijo y dulzura en él.”

La *Pascua* se celebraba en Israel la noche antes de la gran liberación, que fue desde entonces una “noche a ser conmemorada para el Señor”. Conmemoremos con frecuencia nuestra redención de una esclavitud más amarga que la de Egipto. Juan Bunyan da este sano consejo a sus “queridos hijos”. “Recuerden los días y años de tiempos antiguos; recuerden también sus cantos en la noche y tengan comunión con sus propios corazones. Sí, busquen diligentemente, y no dejen allí rincón sin buscar ese tesoro escondido, el tesoro de su primera y segunda experiencia de la gracia de Dios hacia ustedes; recuerden, les digo, la palabra que por primera vez los cautivó; recuerden los terrores de la conciencia y el temor a la muerte y al infierno; recuerden también sus lágrimas y oraciones a Dios—sí, cómo suspiraban debajo de cada cobertizo queriendo misericordia! ¿No tienen nunca un monte *Mizar* para recordar? ¿Han olvidado la cámara, la casa de ordeño, el establo, el galpón y los demás lugares donde Dios visitó sus almas? Recuerden también la palabra—la palabra, les digo, con la que el Señor les hizo tener esperanza.”

Es correcto también que examinemos las riquezas y la gloria de la herencia de la cual hemos sido hechos partícipes. La sangre de Cristo, la gracia del Espíritu y la luz del rostro divino son “tres joyas de más valor que el cielo. El nombre de Cristo contiene diez mil tesoros de gozo.”²⁹ Quizá la forma más aceptable de adoración y la incitación más rápida a la alabanza, cuando recordamos las misericordias que se nos aseguran en la sangre de un pacto eterno, es el acto de apropiación, por medio del cual nos hacemos herederos de la posesión adquirida que ya es nuestra en Cristo. El Dr. Chalmers fue uno de los que descubrió este secreto a voces. En su diario encontramos con frecuencia expresiones como éstas: “Empecé mis primeros minutos cuando desperté aferrándome confiadamente a Cristo como mi Salvador. Un día de gran quietud.” “Sea el apropiarme de Cristo como mi propiciación, la acción inicial inquebrantable de cada mañana.” “Empecé nuevamente el día con un acto de confianza, pero, ¿por qué no una confianza perenne en el Salvador?” “He recurrido con más frecuencia a los actos de fe en Cristo, y no me cabe duda de que este hábito me llevará por el camino correcto.” “Volviendo al tema de una gran confianza y fe en las promesas del Evangelio, actuaré en base al mandato: ‘Abre tu boca, y yo la llenaré.’”

Es también nuestro placentero deber repasar con agradecimiento todas las sendas en que el Señor nos ha guiado. Otto Funcke ha titulado bellamente su breve autobiografía: “Las huellas de Dios en la senda de mi vida.” La senda de la dirección divina puede llevar desde las aguas amargas de Mara a la umbrosa sombra de las palmeras de Elim. Puede pasar por el cálido desierto, pero avanza hacia el Monte de Dios. Puede descender al valle de sombra de muerte, pero nos sacará y llevará a la placentera tierra de las promesas de Dios—“Una tierra de grano y vino y óleo, favorecida por la sonrisa característica de Dios, bendecida por toda bendición.”

Y en esa “senda correcta” de la conducta divina, siempre está la confortante y adorada presencia de nuestro Gran Dios y Salvador. No es posible recordar las misericordias de la senda y no recordarle a él. Él tomó, con una mano traspasada, la amarga copa, y la bebió, hasta que sus labios estuvieron empapados de nuestro dolor y condenación. Y ahora la copa de amargura se ha tornado dulce. Donde puso su pie, el desierto se regocijaba, y los lugares desperdiciados de nuestra vida em-

pezaron a dar frutos como el Monte Carmelo. Una huella tosca bajo nuestros pies se perdía oscuramente en la noche, pero el tierno amor de su presencia fue como una lámpara a nuestros pies y lumbrera a nuestro camino. Su nombre es fragancia, su voz es música, su rostro es sanidad. El Dr. Judson, estando enfermo de muerte, tuvo una maravillosa entrada al reino de la alabanza. Exclamaba, de pronto, mientras las lágrimas corrían por su rostro: “¡Oh, el amor de Cristo! ¡El amor de Cristo! No podemos comprenderlos ahora, pero qué hermoso estudio para la eternidad.” A pesar de que sufría constante e intenso dolor, exclamaba una y otra vez en un éxtasis santo: “¡Oh, el amor de Cristo! ¡El amor de Cristo!”

Tales alabanzas se elevan hasta que se entremezclan con la gloria del cántico nuevo que llena el santuario del Altísimo: “Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tu fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación; y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra” (Apoc. 5:9, 10).

(c) **Contemplación de la perfección divina**

Y así, la alabanza dirigida a Dios en el nombre y la memoria de Jesucristo se eleva inevitablemente en *adoración*. Y aquí, con mayor frecuencia, “la alabanza es silenciosa”. Isaías, llevado por fe al santuario interior, extasiado se sumó a la adoración del serafín y al espíritu de adoración sin fin al Trino Dios—“Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos: toda la tierra está llena de su gloria” (Isa. 6:3). Los ángeles heraldos cantaron en las praderas de Belén el canto del cielo: “Gloria a Dios en las alturas!”; y nuestro triste mundo oyó, y fue confortado. “Ángeles; ayúdenos a adorarle; Ustedes lo contemplan cara a cara!”

Pero aun estas brillantes inteligencias no pudieron expresar toda la alabanza del Señor.³⁰

Se comenta que John Janeway, en su hora secreta de oración, muchas veces no sabía si estaba “en el cuerpo o fuera del cuerpo”. Tersteegen le dijo a unos amigos que lo rodeaban: “Estoy sentado aquí hablando con ustedes, pero en mi interior está la adoración eterna, sin cesar e imperturbable.” Woodrow relata que en cierta ocasión el Sr. Carstairs fue invitado a participar de los cultos de comunión en Calder, cerca de Glasgow. Fue ayudado maravillosamente “sintiendo un fuerte y extraño viento durante todo el sermón.” Sus oyentes sintieron su impacto; la gloria pareció llenar el lugar. “Un creyente que había estado a la mesa y había tenido que salir del templo, queriendo volver a entrar no pudo por un rato, quedándose afuera de la puerta, absorto por casi media hora en los pensamientos de esa gloria que había adentro, no pudiendo pensar en otra cosa.”

El Dr. A. J. Gordon describe el impacto que tuvo sobre su mente un diálogo con Joseph Rabinowitz, a quien el Dr. Delitzsch consideraba el converso judío más notable desde Saulo de Tarso: “No olvidaremos el resplandor en su rostro cuando explicaba los salmos mesiánicos en nuestro culto matutino o vespertino, y cómo, cuando aquí o allí captaba un vislumbre del Cristo sufriente o glorificado, levantaba súbitamente las manos y la vista al cielo en un arranque de admiración, exclamando como Tomás después de ver las huellas de los clavos: ‘¡Mi Señor y mi Dios!’”

En muchos de nosotros la emoción puede ser débil, y el éxtasis espiritual puede ser cosa rara. El amor a Cristo quizá se expresó más naturalmente en una conducta correcta que en un tumulto de alabanza. Pero es probable que a cada creyente sincero se le otorgan temporadas de comunión cuando, al volverse hacia la gloria invisible, el velo de los sentidos se hace transparente y parece contemplar dentro del Lugar Santísimo el Rostro y la Forma de Aquel que murió por nuestros pecados, que se levantó para nuestra justificación, que ahora nos espera a la diestra de Dios. Pero aún así, nunca hemos de olvidar que la adoración no es únicamente tener emociones placenteras. Por la ley de su propia naturaleza vuelve a pedir nuevamente: “Padre nuestro que estás en los cielos, *santificado sea tu nombre*” (Mat. 6:9).

5. El compromiso: Confesión

“Es cosa grandiosa y rara que el alma pecadora descubra que en Dios cuenta con perdón. Es una verdad pura del evangelio que no tiene sombra ni paralelos ni imitación en ninguna otra parte. No hay en toda la creación ni la más leve impresión que se compare a él.”—John Owen

“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9). La confesión del pecado es el primer acto del pecador que ha despertado, la primera marca de un espíritu que es objeto de la gracia. Cuando Dios desea una casa en la cual morar, prepara “un corazón contrito y humillado”. El altar de la reconciliación está a la entrada del templo del Nuevo Testamento; desde el altar el adorador pasa por el camino de la fuente al lugar designado para el encuentro: el propiciatorio manchado de sangre.

Pero ahora hablamos más bien de la confesión de pecado que deben hacer los que son justificados, habiendo encontrado aceptación en Cristo Jesús. Aunque sean niños, no dejan de ser pecadores. Y si andan en luz, tienen conciencia —como nunca antes la tuvieron en su estado no regenerado— de la vileza de su culpa, de lo aborrecible de su iniquidad. Porque ahora traen sus transgresiones y apostasía ante la luz del rostro de Dios, y manteniéndolas en alto frente a él, exclaman:

“Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos; para que seas reconocido justo en tu palabra, y tenido por puro en tu juicio” (Sal. 51:4).

Sea explícito

La confesión de pecado debe *ser explícita*. “La administración del cristianismo es para particulares”, dice el Obispo Warburton. La ley ritual en Israel que proporcionaba la transferencia del pecado el Día de la expiación presuponía la confesión de pecados definidos: “Y pondrá Aarón sus dos manos sobre la cabeza del macho cabrío vivo, y confesará sobre él *todas* las iniquidades de los hijos de Israel, y *todas* sus rebeliones y todos sus pecados” (Lev. 16:21). En los sacrificios individuales, también, mientras el que ofrecía el sacrificio (Lev. 1:4) tenía sus manos sobre la víctima, recitaba la siguiente oración: “Me acerco a ti, oh Jehová: he pecado, he hecho cosas perversas, me he rebelado, he cometido _____”; luego el pecado o pecados en especial, eran mencionados y el adorador continuaba: “pero regreso en arrepentimiento: sea hecho eso para mi expiación”. De pie junto a las ruinas de Jericó, Josué le dijo a Acán: “Hijo mío, da gloria a Jehová el Dios de Israel, y... declárame ahora lo que has hecho”. Y Acán respondió: “Verdaderamente yo he pecado contra Jehová el Dios de Israel, *y así y así he hecho*” (Jos. 7:19, 20). La gran promesa del Nuevo Testamento no es menos definida: “Si confesamos nuestros *pecados*, él es fiel y justo para perdonar nuestros *pecados*, y limpiarnos de toda maldad” (I Juan 1:9). Un sabio y anciano escritor dice: “el hijo de Dios confesará pecados en particular; el cristiano que lo es sólo de nombre los confesará al por mayor; reconocerá que es un pecador en general; mientras que David, por así decirlo, señalaba con su dedo la herida: ‘He hecho *lo malo*’ (Sal. 51:4); no dice ‘He hecho mal’, sino ‘*lo malo*’. Señala su culpa de sangre.”

Cuando, en medio de nuestros compromisos diarios nuestra conciencia testifica contra nosotros de que hemos pecado, debemos confesar inmediatamente nuestra culpa, reclamar por fe ser limpios por la sangre de Cristo y, de esta manera, lavar nuestras manos en su inocencia. Y después, en cuanto tengamos la oportunidad, debemos reflexionar deliberadamente acerca del mal que hemos hecho. Al considerarlo *con Dios* nos impresionará lo pecaminoso que fue, de un modo que no nos impresionó en el momento que lo cometimos. Y si el pecado es uno que cometimos antes, uno al cual quizá nuestra naturaleza sea propensa, hemos de apelar con fe total a la poderosa misericordia de Dios, rogándole en nombre de Cristo que nunca más volvamos a afligirlo de esta manera.³¹

A medida que nuestro corazón se ablanda en la presencia de Dios, el recuerdo de pecados pasados que ya han sido reconocidos y perdonados volverán de cuando en cuando a poner una mancha nueva en nuestra conciencia. En dicho caso, la naturaleza misma pareciera enseñarnos que debemos implorar nuevamente la gracia perdonadora de Dios. Porque nos inclinamos, no ante el juicio del Dador divino de la ley, sino ante nuestro Padre, con quien nos hemos reconciliado por medio de Cristo. Un concepto más adecuado de la ofensa que hemos cometido debe ser seguido por una penitencia más profunda por el mal cometido. Bajo la dirección del Espíritu Santo con frecuencia nos sentiremos impulsados a orar con el salmista: “De los pecados de mi juventud... no te acuerdes” (Sal. 25:7), aun cuando hace mucho tiempo que estos ya se han encarado y resuelto. La convicción de pecado impulsará la confesión con naturalidad. Si tales impulsos son ignorados, el Espíritu quien puso en nosotros esa convicción se entristece.

Sométase al Consolador

Es de primordial importancia que en todos los ejercicios en la cámara secreta nos sometamos a las influencias benditas del Consolador, por quien somos capacitados exclusivamente para orar con aceptación. Ralph Erskine da una importante advertencia con respecto a esto. En su diario de oración escribe bajo la fecha 23 de enero de 1733: “Esta mañana tuve un despertar en oración, y me sentí fortalecido para esperar en el Señor. Al principio de mi oración discerní un entusiasmo por afirmar que Dios en Cristo es la fuente de mi vida, la fuerza de mi vida, el gozo de mi vida; y que no tenía ninguna vida que mereciera ese nombre, a menos que él mismo fuera mi vida. Pero entonces, reflexionando sobre mi propio pecado, vileza y corrupción, empecé a admitir mi impiedad; pero por el momento, la dulzura de mi estado de ánimo me falló, y pasó. De esto, creo, puedo sacar esta lección: que ninguna dulce influencia del Espíritu debe ser usada con el pretexto de obtener un estado de ánimo, que en realidad debe estar basado en la humillación; de otra manera, el Señor puede ser provocado a retirarse.” Cuando Thomas Boston se encontró en el peligro de ceder a la vanagloria, *le dio una mirada a sus negros [pecaminosos] pies*.³² Es muy posible que hagamos lo mismo, pero nunca al punto de perder nuestra seguridad de que somos hijos de Dios, o nuestro sentido de lo precioso que es Cristo. Como Rutherford nos recuerda: “En el cielo no hay ‘música de la ley’ [o sea, temas de juicio]; allí todo su canto es: ‘Digno es el Cordero’”. Y la sangre del rescate ha expiado TODO PECADO.

Los creyentes de tiempos pasados solían observar con gratitud las ocasiones cuando recibían poder para mostrar “un dolor bondadoso, penitencial por el pecado.” En otras ocasiones lamentaban lo apagado que estaban. No obstante, nunca se les ocurrió que la frialdad de sus sentimientos debería inducirlos a dejar de orar ante Dios. Al contrario, coincidían “con un guerrero laborioso y exitoso ante el trono de gracia”, quien se había decidido a que “él nunca dejaría de enumerar y confesar sus pecados hasta que su corazón se derritiera arrepentido y con dolor potente.”

¿Por qué un corazón apagado?

Puede haber muchas razones por las que el corazón esté apagado.

Aquel que una vez fuera una llama de fuego en el servicio de su Señor puede haber dejado que el fervor de su primer amor menguara por falta de combustible, o falta de vigilante cuidado, hasta que quedaba en el altar de sus afectos apenas un pequeño montículo de grises cenizas humeantes. Su mayor dolor es que no siente dolor por su pecado, su carga más pesada es que no lleva carga. “Oh, que estuviera una vez más bajo el temor de Cristo”, era el clamor de uno que colgaba en agonía a la orilla del abismo, pero que había aprendido que un corazón frío hacia Cristo es aún más insoportable. Los que se encuentran en este estado muchas veces están más cerca del Salvador de lo que piensan. Shepard de Nueva Inglaterra, hablando por amplia experiencia dice: “Nos sentimos más atraídos a Cristo bajo la influencia de un corazón muerto, ciego, que por todos los dolores, humillaciones y temores.”

Aquello que nos parece un corazón apagado puede ser la operación del Espíritu Santo, convenciéndonos de pecados que hasta entonces no habíamos notado. Así como uno mira una galaxia y ve sólo una franja de tenue reflejos, de la misma manera uno adquiere conciencia de innumerables pecados no considerados, meramente por la sombra que proyectan sobre la faz de los cielos. Pero cuando observa a través de un telescopio la franja nebulosa, ésta se convierte en grupos de estrellas, en cantidades casi infinitas. Y cuando uno examina el lugar secreto de comunión, la nube que oscurece el rostro de Dios, uno la ve desparramarse y formar una multitud de pecados. Si, entonces, en la hora de oración no tenemos una comunión viva con Dios roguemos con el Salmista: “Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; Pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno” (Sal. 139:23, 24). Aquel que ha prometido: “Escudriñaré a Jerusalén con linterna” (Sof. 1:12) nos examinará de arriba abajo, nos probará como se prueba la plata, nos zarandeará como al trigo. Él traerá a la superficie desde las profundidades inexplorables de nuestra naturaleza todo lo que es contrario a la mente de Cristo, y sujetará todo pensamiento y fantasía a la obediencia de su voluntad.

El corazón apagado puede resultar también de la percepción de nuestros muchos pecados de omisión—deberes sin cumplir, oportunidades desaprovechadas, gracia ignorada. Muchas veces, cuando nos arrodillamos en oración: “los años perdidos claman” detrás de nosotros. Lo que se comentaba del Obispo Ussher podría decirse de muchos siervos del Señor: “Oraba con frecuencia, y con gran humildad, que el Señor le perdonara sus pecados de omisión, y sus fallas en sus obligaciones”. Cada día es una embarcación que debe llenarse de obras santas y empresas serias antes de levar ancla. ¡Cuántas horas desaprovechamos! ¡Cuántas oportunidades perdemos! ¡Cuántos dones preciosos de Dios malgastamos! Y el mundo pasa y deja de ser, y su forma se desvanece.

Pero hay aquello que mora aún más profundamente en el alma todavía el pecado secreto—hay impiedad natural, el cuerpo de muerte. Cuando admitimos lo depravado de nuestra naturaleza debemos esforzarnos por hablar según la medida de nuestra experiencia. Quizá no exageremos los hechos, pero fácilmente podemos exagerar nuestra apreciación de ellos. Al ir avanzando en gracia, al ir acostumbrándonos a presentar aun nuestro pensamiento o sentimiento más pequeño a la luz de la pureza divina, al abrir los rincones más escondidos de nuestro ser a las influencias generosas del buen Espíritu de Dios, él nos guía hacia una comprensión más profunda de lo pecaminoso del pecado innato, hasta que lamentemos como Esdras: “Dios mío, confuso y avergonzado estoy para levantar, oh Dios mío, mi rostro a ti” (Esdras 9:6).

Se cuenta de Lutero que por un largo día su impiedad innata se reveló en manifestaciones espantosas, tan vehementes y terribles que “el puro veneno de ella consumieron su espíritu, y su cuerpo parecía muerto, tanto que no parecía haber en él voz, sentido, sangre o calor”. Cierto día especial de ayuno y oración Thomas Shepard, de Cambridge, Connecticut, escribió lo siguiente: “3 de noviembre. Vi al pecado como mi maldad más grande; y que yo era vil, pero sólo Dios era bueno, quien tachó mis pecados. Y vi por qué causa debía despreciarme a mí mismo... El Señor también me dio un vislumbre de mí mismo; fue un día y tiempo bueno para mí... Fui al Señor, y descansé en él... Empecé a reflexionar si todo el país no sería peor debido a mis pecados. Y vi que así era. Y éste fue un pensamiento humillante para mí.”

El presidente Edwards hizo cierta vez un descubrimiento asombroso de la hermosura y gloria de Cristo. Después de registrarlo en su diario, sigue diciendo: “Mi maldad, tal como soy en mí mismo, me ha parecido por largo tiempo totalmente inexplicable, que se traga todo pensamiento y fantasía, como un diluvio infinito, o como montañas sobre mi cabeza. No sé como expresar mejor lo que siento acerca de mis pecados, que amontonar lo infinito sobre lo infinito, y multiplicar lo infinito por lo infinito. Con mucha frecuencia durante estos muchos años he tenido en mi mente y mi boca estas expresiones: ¡Infinito sobre infinito! ¡Infinito sobre infinito!” Cuando el Dr. John Duncan se encontraba en su lecho de muerte declaró con gran intensidad: “Estoy pensando con horror en la mente carnal, la enemistad contra Dios. *Nunca la vislumbro sin que me produzca horror, aun padecimiento físico.*”

Éstas son experiencias solemnes. Quizá Dios guía a algunos pocos de sus hijos a través de aguas tan tempestuosas y profundas. No debemos tratar de imitarlas, a menos que él nos indique el camino. Sobre todo, no nos atrevamos, en confesiones dirigidas al santo Dios, a simular una experiencia que nunca hemos tenido. Pero, hasta donde Dios nos lo ha revelado, confesemos el pecado profundo de nuestra naturaleza. Se ha dicho³³ y con toda razón, que la única “señal de que uno está en Cristo, que Satanás no puede falsificar” es el dolor y pesar que los verdaderos creyentes sufren cuando Dios les revela la impiedad del pecado innato.

Pero, por otro lado, el amor de Cristo a veces llena tanto el corazón, que aunque el recuerdo del pecado sigue, el sentido del pecado se desvanece—tragado en un inconmensurable océano de paz y gracia. Tales exaltados momentos de visitación por parte del Dios viviente son seguramente un prelude del gozo del cielo. Porque el canto de los redimidos en gloria es distinto de las alabanzas terrenales en esto: que mientras celebra la muerte del Cordero de Dios, no hay ninguna mención del pecado. Todos los frutos venenosos de nuestra iniquidad han sido aniquilados; todas las consecuencias ágras de nuestras

malas obras han sido borradas. Y las únicas reliquias del pecado que se encuentran en el cielo son los pies y manos y costado cicatrizados del Redentor. Así que, cuando los salvos de la tierra recuerdan sus transgresiones pasadas, miran a Cristo; y el recuerdo de su pecado muere en el amor de él, quien usó la corona de espinas y sufrió la cruz.

6. El compromiso: Peticiones

“Hazme sensible a las verdaderas respuestas a los pedidos reales, como evidencia de un intercambio entre yo en la tierra y mi Salvador en el cielo.”

—Thomas Chalmers

“Oh, hermano, ora; a pesar de Satanás, ora; dedica horas a la oración; mejor descuida a tus amigos que a la oración; mejor ayuna, y piérdete el desayuno, el almuerzo, té y cena—y el sueño también—que perderte la oración. Y no debemos hablar de la oración, debemos orar con toda intensidad.” —A. A. Bonar

“La lección principal en cuanto a la oración es simplemente ésta: ¡Hazlo! ¡Hazlo! ¡Hazlo! Quieres que te enseñen a orar. Mi respuesta es: ora y nunca desmayes, y entonces nunca fracasarás. No hay ninguna posibilidad de que suceda. No puedes fracasar... Un sentido de verdadera necesidad es la raíz misma de la oración.” —John Laidlaw

En cierta ocasión, cuando el Dr. Moody Stuart se encontraba en Huntly, Duncan Matheson lo llevó a visitar algunos creyentes realmente consagrados. Visitó, entre otros, a una anciana que era “toda una personalidad.” Antes de partir, oró con ella; y ella, como era su costumbre, enfatizaba cada petición con una exclamación o una muestra de asentimiento. Hacia el final de su oración, él pidió que Dios, de acuerdo con su promesa, le diera a ella “todas las cosas.” La anciana agregó: “¿todas las cosas? Bueno, eso *sí* que me levantaría el ánimo.”

La mezcla de consuelo y duda que revelaba el original comentario es característico de la fe de muchísimos hijos de Dios cuando se encuentran cara a cara con algunas de las grandes promesas relacionadas con la oración de fe. “Y todo lo que pidieréis en oración, creyendo, lo recibiréis” (Mat. 21:22). “Por tanto, os digo que todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá” (Mar. 11:24). “Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho” (Juan 15:7).

Es tan razonable pensar que Aquel quien no escatimó ni a su propio Hijo nos dará también con él todas las cosas; pero es tan difícil creer que lo hará. Como dice en otro lugar el Dr. Moody Stuart, la controversia es entre el grano de mostaza y la montaña: “La prueba es si la montaña enterrará al grano de mostaza o si el grano de mostaza echará la montaña al mar.” El grano de mostaza es tan pequeño, y la montaña tan grande, que la fe no se logra con tanta facilidad. Ciertamente es literalmente “el don de Dios.” Es una convicción divinamente implantada, el fruto de mucha instrucción y disciplina espiritual. Es ver con una luz más clara que la de la tierra.

Un modo de ser conformado a Cristo

La oración de fe, como la planta con raíces en suelo fértil, adquiere su virtud de un modo de ser que ha sido conformado a la mente de Cristo.

1. Se somete a la voluntad divina—“Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye” (1 Juan 5:14).
2. Se limita a los intereses de Cristo—“Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo” (Juan 14:13).
3. Ha sido instruido en la verdad—“Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho” (Juan 15:7).
4. Es energizado por el Espíritu—“Es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros” (Ef. 3:20).
5. Está entretelado con amor y misericordia—“Y cuando estéis orando, perdonad, si tenéis algo contra alguno, para que también vuestro Padre que está en los cielos os perdone a vosotros vuestras ofensas” (Mar. 11:25).
6. Va acompañado de la obediencia—“Y cualquiera cosa que pidiéremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él” (1 Juan 3:22).
7. Es tan firme que no acepta una negativa—“Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis, llamad, y se os abrirá” (Lucas 11:9).
8. Sale en busca de una respuesta y para apurarla—“La oración eficaz del justo puede mucho” (Stg. 5:16).³⁴

La garantía de la fe

Pero, aunque la oración de fe brota de un modo de ser divinamente implantado, no hay nada misterioso en el acto de fe. Es sencillamente una seguridad que depende de una garantía adecuada.

(a) En primer lugar, la garantía de la fe es **la Palabra de Dios**. Las promesas de Dios son notas de crédito del banco del cielo, que son aceptadas a la vista. Hace un tiempo fue robado un paquete de notas del Banco de Inglaterra que no estaban firmadas, por lo que carecían de valor. Pero las promesas de Dios tienen por testigo la veracidad eterna, y han sido avaladas en la sangre de la cruz. No están sujetas a descuentos; los que las presentan recibirán el monto de su valor total. “Porque yo Jehová hablaré, y se cumplirá la palabra que yo hable.”

(b) La palabra de Dios se basa en **el carácter divino**. Por lo tanto se nos enseña a orar: “Oh Señor, ... hazlo por amor de tu nombre.” Dios es nuestro padre y él sabe qué necesitamos. Él es nuestro Dios del pacto—nuestro propio Dios—y él nos bendecirá. Él es el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, y él le dará a su Hijo amado la herencia que compró con su sangre. Él es el origen de la bendición de quien procede el Consolador, y la oración que él inspira, él cumplirá.

En la intercesión de Daniel el profeta, tenemos una notable ilustración de una petición fundada en esta garantía doble. Él miró “atentamente en los libros el número de los años de que habló Jehová al profeta Jeremías, que habían de cumplirse las desolaciones de Jerusalén en setenta años.” Pero el profeta no basa su confianza sólo en la promesa; pide lo que le corresponde, según el carácter divino: “Ahora pues, Dios nuestro, oye la oración de tu siervo, y sus ruegos; y haz que tu rostro resplandezca sobre tu santuario asolado, *por amor del Señor*. Inclina, oh Dios mío, tu oído, y oye; y mira nuestras desolaciones, y la ciudad *sobre la cual es invocado tu nombre*; porque no elevamos nuestros ruegos ante ti confiados en nuestras justicias, sino *en tus muchas misericordias*. Oye, Señor; oh Señor, perdona; presta oído, Señor, y hazlo; no tardes; *por amor de ti mismo*, Dios mío; porque *tu nombre es invocado* sobre tu ciudad y sobre tu pueblo” (Dan. 9:17-19).

Razones por las que debemos orar

Pero alguien pudiera objetar: Si nuestro Padre sabe todas las cosas de las que tenemos necesidad aun antes de que se las pidamos, y si es su voluntad darnos el reino, ¿es necesario que presentemos deliberadamente nuestras peticiones ante él? La respuesta más sencilla a esa pregunta es que *se nos dice que lo hagamos*. En el Antiguo Testamento leemos: “Esto dice Jehová Dios, aún me pedirá la casa de Israel que se los cumpla.” Y en el Nuevo Testamento: “Sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias.” Tenemos una iluminación impresionante de la obra de esta ley divina en el caso de Elías. Él había conservado una fe sin vacilación hacia Dios, y por ende había cumplido las únicas condiciones para asegurar y mantener la comunión con el Señor: “Vive Jehová de los ejércitos, en cuya presencia estoy.” Había logrado que Israel volviera a la alianza del pacto: “Viéndolo todo el pueblo, se postraron y dijeron: ¡Jehová es el Dios, Jehová es el Dios!” Había recibido y actuado basado en una promesa concreta: “Vé, muéstrate a Acab, y yo haré llover sobre la faz de la tierra.” Tenía la seguridad interna de que la respuesta de Dios a su continua y larga insistencia en oración ya estaba en camino: “Una lluvia grande se oye” (1 Reyes 18:15, 39, 41). No obstante, no dejó de orar—no pudo hasta que los cielos se oscurecieron por la tormenta que se avecinaba.

Podemos, no obstante, sugerir ciertas razones por las que debemos particular e importunamente implorar las bendiciones que ya son nuestras en Cristo.

(1) Por la oración, nuestra continua y *humilde dependencia* de la gracia de Dios es asegurada. Si las concesiones del pacto nos vinieran sin ser solicitadas, como sucede con los dones de la naturaleza, podríamos sentirnos tentados a independizarnos de Dios a decir: “Mi poder y la fuerza de mi mano me han traído esta riqueza”³⁵ (Deut. 8:17).

(2) El Señor anhela tenernos en mucha *comunión con él*.³⁶ La reticencia del corazón carnal a morar en la presencia de Dios es terrible. Preferimos hablar de él que a él. con cuánta frecuencia encuentra ocasión para reprendernos, diciendo: “Los compañeros escuchan tu voz; móvame haz que yo la escuche.” Un padre de familia atesorará los garabatos mal deletreados y borroneados de su pequeño porque son una promesa y un sello de amor.³⁷ Y valiosos a los ojos del Señor son las oraciones de sus santos.

(3) A menudo, mucho, muchísimo tiene que suceder en nosotros antes de ser aptos para emplear dignamente los dones que anhelamos. Y mayormente, Dios efectúa esta preparación del corazón demorando su respuesta inmediata a lo que pedimos, y manteniéndonos de tal manera en la verdad de su presencia hasta haber obtenido una *comprensión espiritual* de la voluntad de Cristo para nosotros en este respecto. Si un amigo, de viaje (Lucas 11:6), se acerca a nosotros hambriento, queriendo que le demos el pan de vida, y no tenemos nada que ofrecerle, tenemos que recurrir al Señor que tiene almacenado todo tipo de bendiciones. Y si parece que se niega a darnos nuestra petición diciendo: “No me molestes”, es sólo a fin de que podamos comprender la naturaleza de la bendición que anhelamos y seamos aptos para dispensar bien la riqueza de Dios.

(4) Una vez más, somos llamados a *ser colaboradores juntamente con Dios* en oración, como en todos los demás ministerios. El Salvador exaltado vive para interceder, y a su pueblo redimido dice: “Quedaos aquí, y velad conmigo” (Mat. 26:38). Hay una gran obra que realizar en el corazón de los hombres, hay una fiera batalla que librar con la impiedad espiritual en lugares celestiales. Los demonios deben ser echados fuera, el poder del infierno debe ser frenado, las obras del diablo deben ser destruidas. Y en todas estas cosas, es por la oración más que por cualquier otro medio que podemos colaborar con el Capitán de las huestes del Señor.³⁸

El yo es olvidado

Cuando la oración se eleva a su mejor nivel, el yo, con todas sus preocupaciones y necesidades es olvidado por el momento, y los intereses de Cristo llenan, y a veces desbordan, el alma. Es entonces que la oración se hace más urgente e intensa. Se decía acerca de Lutero que oraba “con tanta reverencia como si estuviera hablando con Dios, y con tanta audacia como si estuviera hablando con un amigo.” Alguien comentó acerca de las oraciones de Guthrie de Fenwick que “cada palabra llenaría una medida de maíz.” Livingstone reporta acerca de Robert Bruce diciendo que en sus oraciones “cada frase era como un poderoso relámpago enviado al cielo.” El biógrafo de Richard Baxter nos dice que cuando alistaba su espíritu para orar, se remontaba de inmediato al cielo. Y se habla en términos similares del Arzobispo Leighton que “su manera de orar era tan intensa e importuna que daba pruebas de que su alma se remontaba a Dios en la llama de sus propias aspiraciones.” Henry Martyn nota en su diario que, habiendo apartado un día para el ayuno y la humillación, comenzó a orar pidiendo el establecimiento del reino divino sobre la tierra, mencionando particularmente a India. Recibió tanta plenitud, y tanta energía y tanto placer en la oración, como nunca antes había experimentado. Agrega: “Mi alma entera luchó con Dios. No sabía cómo dejar de clamarle que cumpliera sus promesas, principalmente implorándole su propio glorioso poder.”

¿Cuánta de la regeneración de África Central se la debemos a las oraciones de David Livingstone? El no vivió para ver la sanidad de “la herida abierta”; no le fue dado conocer el avance de la cultura cristiana del “continente negro”. Pero el registro de sus oraciones se encuentra en las alturas. Sus diarios dan leves indicaciones de sus solitarias vigiliias, sus intercesiones todos los días y noches. Vivía orando por África, Y cuando sintió el frío de la muerte en su cuerpo, se bajó de la cama y poniéndose de rodillas en el suelo de la tosca choza de paja en la aldea de Chitambo en Illala, su alma se remontó a Dios en oración. Murió, nos informa su compasivo biógrafo: “en el acto de orar una oración ofrecida en esa actitud de reverencia que siempre lo caracterizó; encomendando a su propio espíritu, al igual que a todos sus seres queridos, en las manos de su Salvador, y encomendando a África, su querida África con todos sus sufrimientos, sus pecados e injusticias, al Vengador de los oprimidos y el Redentor de los perdidos.”

7. Los tesoros escondidos del lugar secreto

“La oración es el medio por el cual obtenemos todas las gracias que se derraman sobre nosotros de la Fuente Divina de Bondad y Amor.”

—Laurence Scupoli

“La consolación de las Escrituras consiste en esto, que leyendo en ellas las promesas de Dios, volvemos a confirmarnos y fortalecernos en Esperanza.” —Juan de Valdés

En muchas traducciones modernas del Nuevo Testamento no oímos el final familiar del texto que hemos utilizado en estas páginas. En lugar de las palabras “te recompensará en público”, leemos, por ejemplo en NVI: “Te recompensará.” La recompensa de la oración es, en el primer caso, personal y privada; es “los tesoros escondidos” del lugar secreto (Isa. 45:3). Luego, al pasar a la vida y las acciones, se hace manifiesta. El Padre quien está en secreto, y que ve en secreto, recompensa a sus siervos “en público”.

Leemos que cuando los Peregrinos (de *El progreso del peregrino*, por Bunyan) habían casi llegado al final de la tierra encantada, “percibieron que un poco más adelante había un ruido impresionante, como si alguien estuviera muy preocupado. Así que siguieron adelante, y miraron delante de ellos; y he aquí que vieron, como lo esperaban, a un hombre de rodillas, con sus manos y vista en alto, y hablando, según parecía, con mucha intensidad a alguien arriba. Se acercaron, pero no podían captar lo que decía; así que permanecieron quietos hasta que terminó. Cuando hubo terminado, se puso de pie, y empezó a correr hacia la Ciudad Celestial.”

Santidad

Ista es la primera recompensa del lugar secreto; por medio de la oración las gracias del Señor despiertan, y la santidad nos embarga. “La santidad”, dice Hewitson, “es un hábito de la mente—conservar al Señor continuamente ante nuestra vista, un caminar constante con Dios como alguien con quien coincidimos.” Y en el logro y el mantenimiento de una comunión ininterrumpida, “la oración es entre los deberes, lo que la fe es entre las gracias.” Richard Sibbes nos recuerda que “la oración pone en práctica todas las gracias del Espíritu”, y Flavel confirma la afirmación: “Has de esforzarte”, escribe, “de destacarte en esto, ya que no hay gracia interior ni servicio exterior que pueda prosperar sin ella”. Berridge afirma que “todas las declinaciones empiezan en la cámara; ningún corazón prospera sin mucha conversación secreta con Dios, y nada puede reemplazarla si ésta falta.” Por otra parte, admite: “Nunca me he levantado de la oración secreta sin algún despertar. Aun cuando la comienzo con pesadez o reticencia, el Señor se agrada, en su misericordia, de encontrarse conmigo en ella.” De igual forma, Fraser de Brea declara: “Me encuentro a mí mismo mejor y peor a medida que yo declino y aumento en oración.”

Si hay obstáculos para la oración, aun cuando los obstáculos sean la devoción a otros deberes de la religión, la salud del alma se ve afectada. Henry Martyn lamenta en su diario que “la falta de lectura devocional y la brevedad de las oraciones privadas, por estar incesantemente trabajando en mis sermones, había producido mucha distancia entre Dios y mi alma.” *La comunión con Dios es la condición del crecimiento espiritual*. Es el suelo en que las gracias de la vida divina echan raíces. Si las virtudes fueran obra humana, podríamos perfeccionarlas una por una, pero son “el fruto del Espíritu”, y crecen juntas en nuestra vida común. Cuando Philip Saphir abrazó el cristianismo dijo: “He encontrado una religión para mi naturaleza entera.” La santidad es la perfección armoniosa, la “salud integral” del alma.

Mientras permanecemos en Cristo no hemos de desanimarnos por la aparente lentitud con que avanzamos en gracia. Por naturaleza, el crecimiento se efectúa a variadas velocidades. Sibbes compara la santificación progresiva de los creyentes con “el desarrollo de hierbas y árboles cuyas raíces crecen en el invierno, las hojas en el verano y la semilla en el otoño”. La primera de estas formas de desarrollo parece muy lenta, la segunda es más rápida; la tercera sucede a toda velocidad hasta alcanzar plena madurez. En unos pocos días a principio del otoño, el grano parece madurarse más que durante las semanas a mitad del verano.

Intimidad con Cristo

La comunión con Dios revela la excelencia de su carácter, y, al contemplarlo a él, el alma se transforma. *Santidad es conformarse a Cristo*, y esto se logra por medio de una intimidad creciente con él.

Resulta evidente que esta idea ofrece un vasto campo para la reflexión. Indicaremos sólo dos de los muchos aspectos en que se aplica.

(a) Primero, el hábito de orar produce una *serenidad de espíritu*. Según Bengel, somos “edificados hasta tener una conciencia integral de Dios.”

Cuando uno observa los ojos tranquilos del Señor sentado sobre el trono, los temblores del espíritu cesan. Faraón, el rey de Egipto, no es más que un ruido; y el valle de sombra de muerte entona cantos de alabanza. Las tormentas pueden rugir debajo de nuestros pies, pero el cielo encima nuestro es azul. Tomamos nuestro lugar con Cristo en los lugares celestiales; moramos en el día de reposo de Dios. “Aquí yazco”, dijo Thomas Halyburton cuando se aproximaba la hora de su muerte, “dolorido sin dolor, sin energía pero fuerte”. Le preguntaron burlescamente sus guardias a Seguir, un protestante francés sentenciado a muerte, cómo se sentía. Respondió: “Mi alma es como un jardín, lleno de protección y fuentes.” Hay poblaciones en Europa que serían casi insoportablemente calurosas en pleno verano si no fuera por los ríos que nacen de los campos de hielo de Suiza y dan un aire fresco y refrescante aún en el bochornoso mediodía. Y de la misma manera el río de agua de vida, que fluye de debajo del trono de Dios y del Cordero, alegran la ciudad de Dios. Jeremy Taylor dice: “La oración es la paz de nuestro espíritu, la quietud de nuestros pensamientos, la objetividad de nuestros recuerdos, el centro de nuestra meditación, el descanso de nuestras preocupaciones y la calma de nuestra tempestad.”³⁹

(b) El que practica continuamente la oración debe aprender a *gobernar su vida de acuerdo con la voluntad de Dios*. Este efecto es producido con naturalidad por lo anterior, porque “toda energía noble, moral se basa en la calma moral.”

La oración es la confesión de nuestra dependencia como criaturas. Para el creyente es también el reconocimiento de que no se pertenece, sino que es, en razón de la gran expiación, es “posesión adquirida” del Hijo de Dios. Pío IV, al enterarse de la muerte de Calvino exclamó: “Ah, el poder de ese orgulloso hereje radicaba en esto: que las riquezas y el honor no significaban nada para él.” David Livingstone, encontrándose en el corazón de la más tenebrosa África, escribió en su diario: “Mi Jesús, mi Rey, mi Vida, mi Todo, nuevamente dedico todo mi ser a ti.” Bengel hablaba en nombre de todos los hijos de fe cuando dijo: “Todo lo que soy y tengo, tanto en principio como en la práctica, se resume en esta sola expresión—‘Propiedad del Señor’. El que yo pertenezca totalmente a Cristo como mi Salvador es toda mi salvación y todo mi anhelo. No tengo otra gloria más que ésta, y no quiero ninguna otra.” Después, al acercarse la muerte, se pronunciaron estas palabras sobre él: “Señor Jesús, para ti vivo, para ti sufro, para ti muero. Tuyo soy en la muerte y en la vida; sálvame y bendíceme, oh Salvador, por siempre jamás. Amén.” Al escuchar las palabras “Tuyo soy”, puso su mano derecha sobre su corazón como muestra de su aprobación plena y firme. Y fue así que durmió en Jesús.

Tal es la actitud normal del alma redimida, una actitud que la oración reconoce y confirma.

Además, en la oración nos presentamos a nosotros mismos a Dios, sosteniendo nuestras motivaciones en la claridad de su luz, y estimándolas según el consejo de su voluntad. De esta manera, nuestros pensamientos y sentimientos se *agrupan* en clases (como en un proceso de lustrar o pulir); los que se levantan para honrar a Dios teniendo precedencia sobre los que se desvían para abajo hacia la gratificación del yo. Y, así, se preparan las grandes decisiones de la vida. En oración, Jacob se convirtió en Israel; en oración, Daniel vio el día de Cristo y se alegró; en oración, Saulo de Tarso recibió su comisión de “ir lejos” entre los gentiles; en oración el Hijo del Hombre logró su obediencia y abrazó su cruz. Pero no sucede siempre que los puntos cardinales de la vida se reconocen en el lugar y hora mismos de oración. Helmholtz, el reconocido físico, solía decir que los más grandes descubrimientos los hacía, no en el laboratorio, sino mientras caminaba, quizá por un camino rural, teniendo la mente perfectamente despejada. Pero sus descubrimientos meramente eran concebidos entonces; en realidad nacían luego en el laboratorio. Y ya sea en el lugar de oración o en otra parte que las grandes decisiones de la vida se forman, sin lugar a dudas, es en la hora silenciosa que se moldea el carácter y se determinan las carreras.

En su *Autobiografía*, George Mueller da un testimonio impresionante: “No recuerdo, en toda mi carrera cristiana, un período ya (en marzo de 1895) de sesenta y nueve años y cuatro meses, cuando haya SINCERA y PACIENTEMENTE buscado conocer la voluntad de Dios por medio de *la enseñanza del Espíritu Santo*, teniendo como instrumento la Palabra de Dios, y no haya sido guiado SIEMPRE correctamente. Pero cuando me faltaba *honestidad de corazón y rectitud ante Dios*, o si no esperaba *pacientemente* ante Dios hasta recibir sus instrucciones, o si prefería *el consejo de mi prójimo* a las declaraciones de la *Palabra del Dios viviente*, cometía graves errores.”

Cuando nos presentamos a nosotros mismos ante el Señor en oración, abrimos nuestro corazón al Espíritu Santo al someternos al impulso interior, y la energía divina guía nuestro ser. Nuestros planes, si los hemos trazado de acuerdo con los dictados de la naturaleza, son descartados, y el propósito de Dios con respecto a nuestra vida es aceptado. Así como somos nacidos del Espíritu, seamos controlados por el Espíritu: “Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu.”

(c) Por medio de la aceptación de la voluntad de Dios para nosotros, somos guiados a tener una influencia más rica y ***a ser de más amplio provecho***. Montalembert se quejó cierta vez con Lacordaire, “¡Qué poco es lo que el hombre puede hacer por sus prójimos! De todas su miserias ésta es la mayor.” Es cierto que poco podemos hacer los unos por los otros por medios humanos ordinarios, pero mucho puede hacerse por medio de la oración. “*Muchas más cosas son el resultado de la oración de lo que el mundo se imagina*.” La oración incorpora la omnipotencia divina a las situaciones de la vida. Pedimos, y recibimos; y nuestro gozo es completo.

Un erudito inglés nos ha dicho que los que más lo han ayudado no han sido los teólogos doctos ni los predicadores elocuentes, sino hombres y mujeres santos que caminaban con Dios y que revelaban inconscientemente la bondad sin adornos que el bendito Espíritu había obrado en ellos. Esos santos habían puesto sus ojos en Cristo hasta ser cambiados a su imagen; habían permanecido en el Monte de Dios hasta que el brillo de su gloria se reflejaba en ellos. La tradición afirma que Columbia, el misionero celta; Ruysbroek, el recluso de Grenendall; Juan Welsh de Ayr y muchos otros, proyectaban un suave y tenue resplandor cuando oraban. Tales leyendas, indudablemente, surgieron del recuerdo de vidas que habían sido transfiguradas.

Pero una *vida cambiada* no es el único don que Dios otorga a los que comparecen ante su presencia invisible. Cuando Moisés bajó del Monte, estaba transfigurado a los ojos de los hijos de Israel, pero cargaba también en sus manos las tablas del testimonio—las promesas de ese pacto, ordenado y seguro, que habían sido dadas a él para ellos. Su oración había salvado al pueblo elegido, y las tablas de la ley eran la señal. John Nelson, al escuchar a alguien comparar desfavorablemente a John Wesley con un reconocido predicador de la época, respondió: “Pero no se ha demorado en el Aposento Alto como lo ha hecho John Wesley.” Es este demorarse en el Aposento Alto lo que nos asegura *ser dotado de poder*. (Estos pensamientos nos llevan al tema del último capítulo.)

8. La recompensa pública

“Nadie puede creer lo poderosa que es la oración y lo que puede lograr, sino sólo los que lo saben por experiencia. Es una gran cosa aferrarse a la oración en caso de extrema necesidad. Sé que cuando he orado intensamente, he sido escuchado generosamente, y obtenido lo que he pedido. Sí, a veces Dios lo demora, pero al fin llega.” —Lutero

En su ansiedad por magnificar los beneficios personales que se derivan de la comunión con Dios, los padres griegos solían usar la ilustración de una pequeña embarcación amarrada a un barco grande. Si uno jalaba la sogá, decían, el barco seguía inmóvil, pero la pequeña embarcación respondía inmediatamente al jalón. Aparentemente olvidaban, o no sabían, que en la mecánica “acción y reacción son iguales y opuestas”; habría el mismo efecto en el barco grande que en el pequeño, aunque el tamaño mayor del barco causaría que el desplazamiento fuera menos obvio con respecto a él que el efecto sobre el bote pequeño. En la oración, también, la influencia es recíproca. Hay, como hemos visto, un incremento en el ejercicio de todas las gracias cristianas; pero también hay respuestas directas a peticiones elevadas con fe.

Si no esperamos recibir respuestas a nuestras peticiones, nuestro concepto de la oración es errónea. “Nadie pide en serio”, dice Trail, “pero lo intentan para ver qué resultado obtienen. No hay una muestra más segura y clara de estar jugando a orar que cuando los hombres no se fijan en lo que reciben por medio de la oración.” Y sobre lo mismo, escribe Richard Sibbes: “Hemos de ser vigilantes todos los días, continuar en oración; fortalecer nuestras súplicas con argumentos de la Palabra y las promesas de Dios; y notar el resultado que nuestras oraciones tienen. Cuando lanzamos una flecha, observamos dónde cae; cuando enviamos un barco al mar, esperamos su regreso; y cuando sembramos, esperamos una cosecha... Es ateísmo orar y no esperar con esperanza. El cristiano sincero orará, esperará, fortalecerá su corazón con las promesas, y nunca cesará de orar y de mirar hacia lo alto hasta que Dios le dé su generosa respuesta.”

Y si la respuesta se demora, debemos preguntarnos si lo que queremos está realmente dentro de la voluntad de Dios; y si estamos satisfechos de que lo está, debemos seguir “constantes en oración”. Bengel juzga que el “cristiano no debe dejar de orar hasta que su Padre celestial le dé permiso, permitiéndole obtener algo.” Y George Mueller recibía aliento del hecho

de que había tenido el poder de perseverar en oración diaria, durante veintinueve años, pidiendo cierta bendición espiritual que le fuera negada por largo tiempo: “En casa y fuera de casa, en este país y en países extranjeros, en salud y enfermedad, no importa lo muy ocupado que estuviera, pude, día tras día, con la ayuda de Dios, traer ante él este asunto, y aún no he recibido toda la respuesta. No obstante, la espero. La espero con confianza. El mero hecho de que día tras día, año tras año, durante veintinueve años, el Señor me ha dado el poder para continuar mi espera paciente, confiada en él, para obtener la bendición, me anima todavía más a seguir esperando, y tan seguro estoy de que Dios me escucha con referencia a esta cuestión, que muchas veces me ha dado el poder para alabarle anticipadamente por la respuesta completa que al final recibiré a mis oraciones sobre este tema.”⁴⁰

De acuerdo con la voluntad de Dios

No debemos dudar que las oraciones que coinciden con la voluntad de Dios tendrán una respuesta completa porque, con respecto a ellas, basamos nuestra seguridad en la Palabra y en el Nombre de Cristo. Pero hay muchas peticiones de las que no nos resulta fácil sentirnos totalmente seguros—no se encuentran tan claramente dentro de la voluntad divina como para darnos seguridad. Y con respecto a muchas de ellas, nuestras oraciones parecen volver a nosotros vacías.

Moisés quiso cruzar el Jordán con las tribus; pero Jehová le dijo: “No me hables más de este asunto”. Pablo le pidió tres veces al Señor que le quitara la espina en la carne, pero la única respuesta segura fue: “Bástate mi gracia”. Juan, el discípulo amado, nos anima a orar por la salvación de nuestros hermanos, pero aun cuando nos dedicamos a este deber santo nos recuerda que “hay pecado de muerte”, por lo que, aparentemente, la oración no prevalecerá.

Podemos estar seguros de que “cualquier cosa que sea buena para los hijos de Dios, la obtendrán; porque todo es de ellos para ayudarles en su camino al cielo; por lo tanto, si la pobreza es buena, la tendrán; si la vergüenza o una cruz es buena para ellos, la tendrán; porque todo es nuestro para promover nuestra mayor prosperidad.”⁴¹

Cuando oramos pidiendo bendiciones temporales, a veces tenemos conciencia de la ayuda especial del Espíritu en la intercesión. Esto es una garantía para creer que nuestra oración agrada a Dios. Pero tenemos que cuidarnos de no confundir los deseos de la naturaleza con las indicaciones del Espíritu. Sólo los que miran en una sola dirección y cuyos cuerpos, por lo tanto, están llenos de luz, pueden distinguir con seguridad entre los impulsos de la carne y los del Espíritu.⁴² Teniendo esta precaución, muchas veces podemos recibir aliento del fervor de nuestras peticiones. John Livingstone anotó lo siguiente en sus documentos privados: “Después de la oración, debo recordar y recapitular qué peticiones puso Dios en mi boca, y éstas he de contarlas como bendiciones prometidas, y esperar su cumplimiento.” Y Augustus Toplady habla aún con menos reserva: “Puedo, en lo que recuerdo y creo, decir realmente que no he tenido aún una promesa, ni seguridad con respecto a cosas temporales, confirmadas de antemano como parte de mi comunión con Dios, que no se cumplieran. Nunca, que yo sepa, han dejado de cumplirse.”⁴³

Lo que debemos pedir

¿Qué cosas deben formar el grueso de nuestras peticiones? Maximus de Tyre declaró que no le pediría a los dioses nada más que bondad, paz y esperanza en la muerte. Pero nosotros los cristianos podemos pedir a nuestro Padre todo lo que necesitamos. No obstante, seamos mesurados en nuestros deseos y sean nuestras oraciones sin egoísmo. Las peticiones personales que contiene el Padre Nuestro son muy modestas: el pan cotidiano, perdón y liberación del poder del pecado. No obstante, éstos conforman todas las cosas relacionadas con la vida y la piedad.

Dios nos asegura pan y agua, un lugar de refugio entre la fortaleza de las rocas. Una guarnición y alimentos!⁴⁴ Pero con frecuencia no estamos reducidos a tan simples suministros: Dios es muy superior a su palabra. Nos alimenta con alimento adecuado; y si alguna vez permite que pasemos hambre, es sólo a fin de que nuestra naturaleza espiritual sea enriquecida.

Pero el hombre no sólo vive de pan. La salud y las comodidades, las alegrías del hogar y los placeres del conocimiento son bendiciones que podemos pedir sabiéndolas correctas, y no nos serán negadas a menos que nuestro Padre juzgue que sea mejor privarnos de ellas. Pero si Dios no acepta nuestra repetida petición, y se niega a recibir nuestra oración, hemos de responder con el Primogénito entre muchos hermanos: “Abba, Padre, todas las cosas son posibles para ti;... mas no lo que yo quiero, sino lo que tú.”⁴⁵ Cuando lleguemos al final de nuestro camino, si no antes, podremos decir: “No faltó palabra de todas las buenas promesas que Jehová había hecho.”

Cuando oramos pidiendo bendiciones espirituales nunca pedimos en vano. James Gilmour escribe a alguien que pide su consejo: “Lo único que sé del proceso es simplemente dirigirme a Dios y decirle lo que quiero, y pedirle que me permita tenerlo. “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis, llamad, y se os abrirá.” No conozco otro secreto que éste. Y repito: “Usted dice que quiere un avivamiento—acuda directamente a Jesús, y pídaselo directamente, y lo recibirá sin dilación. Este estado de avivamiento no es algo que usted se tiene que esforzar por obtener, o que necesita que otros le ayuden a lograr, o que necesita venir a Inglaterra para recibir. Jesús se lo puede dar en cualquier parte (y de hecho lo da en todas partes), cuando una mujer o un hombre, u hombres y mujeres se lo piden. “Pedid, y se os dará.” Mi querido hermano, he aprendido que el origen de muchas bendiciones es sencillamente acudir a Jesús y decirle lo que necesita.” Cierta presbiteriano escocés reporta que recibió más incremento de gracia en una tarde dedicada a la oración que durante todo el año anterior. Después de dos días de oración en los bosques de Anwoth, Samuel Rutherford recibió la piedrita blanca y el nuevo nombre para ser “un devoto ministro de Jesucristo.” Y cuántos de rodillas en un aposento alto han recibido el bautismo celestial y el testimonio de la lengua de fuego. Todos los almacenes de Dios se abren a la voz de fe.

Respuestas a oraciones

Es probable que las respuestas a las oraciones siempre produzcan su propio efecto en el suplicante; pero quizá no siempre pueda convencer a otros que las cosas que pasan se deben a una intervención directa de Dios. Veamos dos ejemplos, tomados casi al azar.

“Un amigo cristiano se lanzó cierta vez tras su muchacho que había caído en el desbordamiento de la inundación del río Wupper; y al saltar clamó: ‘¡Señor, enséñame a nadar!’ Nadó hábilmente, aunque nunca había probado hacerlo antes, y salvó a su hijo.”⁴⁶

En cierta ocasión cuando una súbita y terrible tormenta de granizo caía sobre los campos, y era probable que causaría serios daños, una persona se apresuró a la habitación de Bengel y exclamó: ‘¡Ay, señor, todo será destruido, perderemos todo!’ Bengel, sin perder su compostura, se dirigió a la ventana, la abrió, levantó sus manos al cielo, y dijo: ‘Padre, deténlo; y la tempestad se calmó desde ese momento.’⁴⁷

A menudo la recompensa a la oración es tan evidente que es imposible ignorar la relación entre la petición y la respuesta. Veamos como ejemplo el caso de instituciones de caridad fundadas por sus piadosos promotores apoyados en las promesas de Dios.

El *Pietas Hallensis* no es más que una enumeración de liberaciones otorgadas al Dr. Francke en conexión con los orfanatos en la ciudad de Halle. Este es uno: “En otra oportunidad tenía necesidad de una gran suma de dinero, tanto que cien coronas no hubieran alcanzado, y ni siquiera veía la posibilidad de que recibiéramos cien monedas de un centavo. Vino el mayordomo y explicó cuántas necesidades teníamos. Le pedí que volviera después de la comida, y resolví pedir la ayuda del Señor en oración. Cuando volvió después de la comida, seguíamos con las mismas necesidades, así que le pedí que volviera a la noche. Entre tanto me había venido a visitar un amigo, nos unimos en oración, y me sentí impulsado a alabar y magnificar al Señor por sus tratos admirables para con la humanidad, aun desde el principio del mundo, y mientras oraba me vinieron a la mente los más notables ejemplos. Estaba tan inspirado alabando y magnificando a Dios que insistí en eso únicamente al llevar a cabo mis devociones, y no sentía ninguna inclinación por presentar las muchas ansiosas peticiones de ser librado de la presente necesidad. Mucho después, al retirarse mi amigo, lo acompañé hasta la puerta donde a un costado encontré al mayordomo esperando el dinero que necesitaba, y al otro costado, a una persona que traía ciento cincuenta coronas para el sostenimiento de la institución.

La historia de los orfanatos de George Mueller en Ashley Down está grabada vívidamente en la conciencia del cristianismo. El Sr. Mueller, entre sus muchas pruebas de fe, enfrentó una que era especialmente grave. Recordándola años después, conmemora la liberación del Señor, y agrega: “El único inconveniente que tuvimos en este caso fue que nuestra cena se demoró una media hora. Tal cosa, hasta donde yo recuerde, nunca había sucedido antes, *y nunca ha vuelto a suceder.*”

William Quarrier balanceaba las cuentas de los Hogares en Bridge de Weir todos los meses. Si en algún momento parecía probable que el balance daría pérdida, llamaba a sus compañeros de trabajo a la oración, e *invariablemente* recibían los fondos que necesitaban. Casi al final de su vida, testificó que nunca había estado ni una hora en deuda. “Al Dios que contesta a los orfanatos”, exclamó C. H. Spurgeon, “dejadlo ser Dios.”

Extensión de Reino

Menos tangibles, pero no menos evidentes, son las respuestas otorgadas a las oraciones en pro de la extensión del reino del Redentor sobre la tierra. Para ilustrar adecuadamente este punto sería necesario bosquejar la historia de la iglesia de nuestro Señor Jesucristo a través de los siglos. Uno casi desearía que éste fuera el principio y no el final de este pequeño tomo. ¡Cómo se amontonan en la memoria los ejemplos, y despierta la imaginación!

Por la oración, un puñado de “hombres sin letras e ignorantes”, con manos callosas por el remo y el timón, el azadón y la podadera, “revolucionaron el mundo” y extendieron el nombre de Cristo más allá de las fronteras del poder romano. Por medio de la oración, el fabricante de tiendas de Tarso ganó a los corintios corruptos a la pureza y la fe,⁴⁸ sentó las bases permanentes del cristianismo occidental y levantó el nombre de Jesús en alto en el propio palacio de Nerón.

Las celdas en ruinas en muchas desiertas isletas de nuestros mares escoceses nos recuerdan las semanas y los meses de oración y ayuno por medio de los cuales los misioneros celtas, en el lapso de una generación, ganaron a Caledonia para Cristo.

Las oraciones de Lutero y sus colegas echaron vuelo a las grandes verdades del evangelio por toda Europa como si fueran en alas de ángeles.

Las llanuras y montañas de Escocia son en esta hora testigos de que una “hermosa reunión” entre un Cristo del pacto y una tierra dispuesta a aceptar su pacto fue el resultado de las oraciones de Welsh y Cargill, Guthrie y Blackadder, Peden y Cameron.

Antes de que irrumpiera el gran avivamiento en Gallneukirchen, Martin Boos pasó horas y días, y muchas veces noches, en solitarias agonías de intercesión. Después, cuando predicaba, sus palabras eran como llamas, y los corazones de la gente como paja.

Un sermón predicado en Clynnog, Caernarvonshire, por Robert Roberts, aparentemente fue la causa de un avivamiento que se extendió por todo Gales. Se dice que cientos de personas fueron salvadas durante el mismo. Algunos días después, un

amigo del predicador, John Williams de Dolyddelen, preguntó: “Dime Roberts, ¿de dónde sacaste ese maravilloso sermón?” “Ven aquí, John”, dijo Roberts, llevándolo a una pequeña sala, y siguió diciendo: “Fue aquí donde encontré el sermón al que te refieres—aquí en el piso, toda la noche, meciéndome hacia atrás y hacia adelante, en ratos con el rostro en tierra.”

¡Ah! es siempre así. Los que han guiado a muchos a la senda de justicia han laborado temprano y tarde con el arma llamada “Pura oración”.

Se cuenta de Joseph Alleine, quien era “infinitamente e insaciablemente celoso de la conversión de las almas”: “Mientras tenía salud se levantaba constantemente a las cuatro de la mañana o antes... Dese las cuatro hasta las ocho se la pasaba en oración, contemplación santa y cantando salmos, en lo cual se deleitaba mucho... A veces suspendía la rutina de sus compromisos parroquiales y dedicaba días enteros a estos ejercicios secretos, y con este fin planeaba estar solo en alguna casa vacía, o en algún lugar desierto en el valle.”

Se decía de William Grimshaw, el apóstol de Yorkshire: “Era su costumbre levantarse temprano a la mañana, a las cinco en el invierno, y a las cuatro en el verano, a fin de empezar su día con Dios.”

George Whitefield muchas veces pasaba noches enteras en meditación y oración, y con frecuencia se levantaba de la cama en la noche para interceder por las almas que perecían. Decía: “He pasado días y semanas enteras postrado en el suelo en oración tanto silenciosa como audible.”

El biógrafo de Payson observa que la “oración era la ocupación preeminente de su vida”, y él mismo solía asegurar con firmeza que le tenía lástima al cristiano que no podía comprender el significado de las palabras: “gemidos indecibles” (Rom. 8:26). Se cuenta de él que “gastó las tablas del piso donde ponía sus rodillas con tanta frecuencia y por tanto tiempo.”

En suma, toda obra de gracia que ha sido realizada en el reino de Dios fue empezada, alimentada y consumada por la oración.

“¿Cuál es el secreto de este avivamiento?” le preguntó alguien en 1905 a Evan Roberts. “No hay ningún secreto”, fue la respuesta, “es sólo...”

‘Pedid, y se os dará.’ ❧

Notas

1 “Creedme, orar con todo vuestro corazón y fuerza, con la razón y la voluntad, creer vívidamente que Dios escucha vuestra voz a través de Cristo, y de cierto, hacer lo que le place a él es el último, el más grande logro de la guerra del cristiano sobre la tierra.” *Teach us to pray, o Lord.*” Coleridge.

2 Dr. Horton, *Verbum Dei*, pág. 214.

3 “Es tremendamente difícil orar bien. Sí, es ciertamente la ciencia entre todas las ciencias orar de manera que el corazón pueda acercarse a Dios con plena confianza y decir: ‘Padre nuestro, que estás en los cielos’. Porque el que puede asumir tal confianza en la gracia ya ha superado el cerro Dificultad, y ha echado la piedra angular del templo de la oración.”—Lutero, *Parting Words* (Edin., 1903) p. 73. “La oración perfecta no se obtiene por el uso de muchas palabras, sino por medio del anhelo profundo.”—*Catherine de Sienna*.

4 “Sabemos lo provechosa que es la oración por los esfuerzos de los espíritus malignos de distraernos durante el divino oficio; y experimentamos el fruto de la oración en la derrota de nuestros enemigo.”—John Climacus, *The Holy Ladder of Perfection*, xxviii. 64.

“Cuando acudimos a Dios en oración, el diablo sabe que vamos en busca de fuerza contra él, y por lo tanto se nos opone todo lo que puede.”—R. Sibbes, *Divine Meditations*, 164.

5 “Si se ha cansado en este deber, sospeche de sí mismo, purgue y refine su corazón del amor a todo pecado, y procure ponerlo en una disposición celestial y espiritual; y luego se encontrará con que éste no es un ejercicio desagradable, sino lleno de placer y satisfacción. Mientras tanto, no se queje de lo difícil del deber, sino de lo indigno de su propio corazón.”—*The Whole Duty of Man* (Lond., 1741), pág. 122.

6 F. W. H. Myers, *Poems*.

7 “En nuestra relación y conversación mutuas—entre las escenas más ocupadas de nuestro peregrinaje—podemos estar yendo de aquí para allá en el ala veloz de la oración, de la oración mental—esa oración que pone toda la carga del corazón sobre un solo suspiro. Un suspiro que es dado en el Espíritu, aunque inaudible a todos a nuestro alrededor menos a Dios, puede santificar cada conversación, cada evento en el transcurso del día. Tenemos comunión en todo momento ya sea con el espíritu del mundo o con el Espíritu de Dios ... La oración será fatigosa para la carne si se dice en voz alta y por largo tiempo. Es imposible elevar sin cesar la oración oral y la oración ordenada por la mente en palabras aunque dichas en voz alta; pero hay una contracorriente de oración que puede ocultarse debajo del flujo de nuestros pensamientos, sin cansarnos nunca. Tal oración es el aliento silencioso del Espíritu de Dios, quien mora en nuestro corazón (*ver* Rom. 8:9 y 1 Col. 3:16); es el *temperamento* y el *hábito* de nuestra mente espiritual; es *el pulso de nuestra vida escondida con Cristo en Dios*.”—Hewitson’s *Life*, págs. 100, 101.

“Mi mente estaba concentrada en gran manera en las cosas divinas: casi perpetuamente en la contemplación de ellas. Pasé la mayor parte de mi tiempo pensando en cosas divinas, año tras año; muchas veces caminando a solas en el bosque, y en lugares solitarios, para meditación, soliloquios y oración, y conversar con Dios; y era siempre mi costumbre cantar mis contemplaciones. Estaba casi constantemente clamando en oración, donde quiera que estaba. La oración me parecía natural, como el aliento con el cual se ventilaba el ardor interior de mi corazón.”—Jonathan Edwards, *Memoirs*. cap. i.

“Veo que si no mantengo oraciones cortas todos los días a lo largo de todo el día, pierdo el espíritu de oración. Nunca dejaré de ver ni por una hora al Cordero en medio del trono, y si tengo esta imagen podré orar.”—Andrew A. Bonar, *Diary*. Octubre 7, 1860.

8 “¿Acaso no es el nombre Oración normal para significar todo el servicio que le rendimos a Dios?”—Hooker, *Eccles. Polity*, v. 23.

9 Dr. A. B. Davidson, *Waiting upon God*, pág. 14.

10 Compare la afirmación de Thomas Hooker, de Hartford—“La oración es la obra principal del pastor, y es en base a ella que debe realizar las demás.”

11 “Todo aquel que es diligente en las oraciones públicas, pero negligente en las privadas, mucho me temo que busca ser aprobado por los hombres más bien que por Dios.” *The Whole Duty of Man* (Lond., 1741), pág. 119.

12 *The Rise of the Quakers* de Harvey, págs. 73, 74.

13 *The Scale of Perfection*, I. i. 1.

14 El Dr. John Paton, de las Nuevas Hébridias, cuenta de una cámara de oración como ésta en la modesta casa de su padre: “Nuestra casa consistía de una habitación exterior y una interior y un cuartito entre ambas, o cámara, que llamábamos ‘cubículo’... El cubículo era una pieza muy pequeña entre las otras dos, con apenas lugar para una cama, una mesita y una silla, con una diminuta ventana que daba una diminuta luz a la escena. Este era el santuario de aquella cabaña. Allí diariamente, y muchas veces durante el día, por lo general después de cada comida, veíamos a nuestro padre retirarse, y cerrar la puerta, y nosotros los niños entendíamos, por una

- especie de instinto espiritual (porque tales cosas eran demasiado sagradas para comentar) que allí se estaban elevando oraciones a nuestro favor, como en la antigüedad lo hacía el sumo sacerdote detrás del velo en el lugar santísimo. Ocasionalmente oíamos los ecos de una voz temblorosa, rogando como alguien que ruega por su vida, y aprendimos a caminar pasando esa puerta de puntillas, a fin de no interrumpir la santa conversación. El mundo quizá no sabía, pero nosotros sí, de dónde procedía esa luz feliz, como la sonrisa de un recién nacido, que siempre tenía el rostro de mi padre: era un reflejo de la presencia divina, de la cual él siempre estaba consciente. Nunca, ni en los templos ni en las catedrales, en los montes ni en los valles, podría esperar que el Señor Dios estuviera más cerca, caminando más visiblemente entre los hombres y hablando con ellos, que bajo el techo de paja y vigas de roble de aquella humilde cabaña.”—Dr. John G. Paton, *Autobiography*, págs. 10, 11.
- 15 “En su viaje de regreso de las Indias Occidentales al Clyde, Hewitson tuvo el privilegio de llevar a Cristo a uno de los marineros. ‘No me falta una cámara dónde orar’, dijo éste cierto día, hacia el final del viaje, ‘Simplemente puedo cubrirme el rostro con el sombrero, y estoy tan a solas con Dios como si estuviera en una cámara.’ el hombre había partido de Antigua un pecador perdido.
—*Life* de Hewitson, pág. 283.
- 16 “Ningún hombre que puede encontrar tiempo para dedicar a sus vanidades... diga que no tiene tiempo para la oración.”—*The Whole Duty of Man* (Lond. 1741), pág. 120.
- 17 En sus viajes, John Wesley solía llevar un pequeño cuaderno para anotaciones, el primer toco borrador de sus *Diarios*. En la primera página de cada uno de los cuadernos de apuntes que iba empezando, siempre escribía una resolución de dedicar dos horas diarias a la oración privada, *no admitiendo ninguna excusa ni excepciones*. Quizá dicha regla pueda parecerle a algunos rígida al punto de ser ceremonial. Nadie se sienta obligado a hacer lo que otros hacen; pero en cada caso tómesese las medidas necesarias para tener comunicación con Dios.
- 18 “Y aquí recibí el consejo de levantar otra vela, porque antes había orado sólo dos veces por día, pero aquí resolví apartar algo de tiempo para esto al mediodía, y haciéndolo, descubrí resultados maravillosos.”—*Memorias del Rev. James Fraser* (Wodrow), pág. 208.
- 19 Pero Fraser de Brea da una advertencia con respecto a esto que vale la pena recordar: “Pretendiendo esperar en el Señor para que me dé fuerzas, me he distraído y he descuidado el deber mismo cuando tuve oportunidad; es así que al prepararme para la oración he descuidado la oración misma.”
—*Memoirs*, pág. 290.
- 20 “Era un dicho del mártir Bradford que nunca dejaría un deber mientras que su corazón no estuviera concentrado en ese deber; no dejaría la confesión de pecados hasta que su corazón estuviera quebrantado por el pecado; no dejaría de pedir gracia hasta que su corazón fuera despertado y avivado con la esperanza de obtener más gracia; no dejaría de dar gracias hasta que su corazón rebosara, sintiendo las misericordias que se disfrutaban y avivan en la alabanza.”
—Bickersteth, *A Treatise on Prayer*, pág. 93.
- 21 “La ayuda del Espíritu (Rom. 8:26) es muy enfática en el original; como un hombre que levanta un tronco pesado de un extremo y no puede levantarlo solo hasta que otro hombre lo levanta del otro extremo y, de esa manera lo ayuda; de la misma forma la pobre alma que está tironeando y jalando su propio corazón lo encuentra como peso muerto, como un tronco en una zanja, y no puede hacer nada bueno con él hasta que al fin aparece el Espíritu de Dios al otro extremo, y levanta la punta más pesada de la carga y, de esta manera, ayuda al alma a levantarla.”
—I. Ambrose, *Prima Media et Ultima*, pág. 333.
- Père La Combe dice: “Nunca he encontrado a alguien que ora tan bien como los que nunca recibieron enseñanza de cómo hacerlo. Los que no han tenido un maestro entre los hombres tienen uno en el Espíritu Santo.”—*Spiritual Maxims*, 43.
- 22 El lector encontrará, en la autobiografía de George Mueller, un pasaje impresionante que trata este punto.—*London*, 1905, págs. 152, 153.
- 23 “Siempre comienza a orar poniéndote ante la presencia divina” (Francois de Sales). Gaston de Renty define la postura del alma como “un estado de presencia humilde ante Dios, en la cual te mantienes dependiendo de su Espíritu para que te sugiera lo que él quiera, y recibéndolo con sencillez y confianza, como si estuviera diciendo palabras que puedes oír.” ≡vila, un español que escribía sobre religión nos dice que “deberíamos ocuparnos de la oración más bien para escuchar que para hablar.”
- 24 “La oración nos revela el verdadero estado de nuestra alma, porque, según los teólogos, es el espejo que nos muestra nuestra imagen correcta.”
—St. John Climacus, *The Holy Ladder of Perfection*, xx iii. 38.
- 25 “Las peticiones de los creyentes...son ecos, por decirlo así, de las propias palabras del Maestro. Sus oraciones son sólo fragmentos de sus enseñanzas convertidas en súplicas. Entonces, han de ser atendidas, porque son la expresión de su voluntad.”—Bishop Westcott, en Juan 15:7.
- 26 “La oración es escuchada cuando pasa del corazón del creyente al corazón del Redentor, y el Redentor se apropia de ella, o la hace suya.”—W. H. Hewitson, *Life*, pág. 375.
- 27 Epictetus, *Ef.* 1:16.
- 28 Richard Baxter nos aconseja que en los días de reposo debemos ser más breves en la confesión y lamentación, y entregarnos más a la alabanza y la acción de gracias (*Method of Peace and Comfort*). Era la costumbre de Grimshaw comenzar sus devociones matinales cantando la doxología. Se decía de Joseph Alleine: “Era tan vehementemente lo celestial de su espíritu, que su ocupación favorita era la alabanza.”
- 29 Crisóstomo, citado por Thomas Watson.
- 30 “Sin duda los ángeles se creen tan insuficientes como nosotros para alabar al Señor.”
—*John Livingstone's Diary*, Dic. 14., 1634 (Wodrow Society).
- 31 “Piensa en la culpa del pecado para sentirte humillado. Piensa en el poder del pecado a fin de buscar fuerzas para combatirlo. No pienses en el pecado mismo...no sea que te enredes más y más en él.”
—John Owen.
- 32 El biógrafo de Charles Simeon, de Cambridge, comenta: “Simeon, en sus horas privadas, se sentía peculiarmente quebrantado y postrado delante del Señor.”
- 33 Por el Dr. Payson, *Lift*, pág. 79.
- 34 “Al orar, tentamos a Dios si le pedimos aquello por lo cual no hemos trabajado; nuestros fieles esfuerzos debe secundar nuestra devoción... Si oramos pidiendo gracia y descuidamos la fuente de la cual procede, ¿cómo podemos tener éxito? Era una regla de tiempos antiguos: ‘Pon tu mano al arado, y luego ora.’ Nadie debe orar sin arar, ni arar sin orar.”—R. Sibbes, *Divine Meditations*, pág. 174.
- 35 “La oración no sólo obtiene misericordias; sino que las endulza y santifica.”—Flavel, *Works*, v. 351.
- “Dios demora en escuchar nuestras oraciones no porque no quiera contestarlas; sino porque, aumentando nuestros anhelos, podrá darnos con más generosidad.”—*Anselm of Canterbury*.
- 36 “Debemos retroceder de la oración, de descansar en ella, o de confiar en ella; el hombre puede predicar mucho, y en lugar de acercarse a Dios o de disfrutar una dulce comunión con Cristo, puede acercarse a la oración, pensando más en la oración que en Dios a quien ora; y puede vivir más arrodillado en su cojín que ante Cristo; pero cuando alguien realmente se acerca a Dios en oración, se olvida de la oración y recuerda a Dios, y la oración no es nada, en cambio Cristo es todo.”
—Isaac Ambrose, *Prima Media et Ultima*, pág. 332.
- 37 “Las cartas breves, infantiles que le enviaban [sus hijos] habían sido encuadernadas en un tomo, que llevaba consigo en sus viajes por Mongolia, y al hojearlas encontraba permanente solaz y renovación.”
—*Vida de Gilmour de Mongolia*, págs. 241, 251.
- 38 “Pasaron siete años antes de que William Carey bautizara al primer converso en la India; pasaron siete años antes de que Judson ganara su primer discípulo en Birmania; Morrison trabajó siete años antes de que el primer chino se acercara a Cristo; Moffat declara que esperó siete años para ver la primera evidencia de la obra del Espíritu Santo entre los bechuanas de África; Henry Richards trabajó siete años en el Congo antes de ganar al primer converso en Banza Manteka.”
—A. J. Gordon, *The Holy Spirit in Missions*, págs. 139, 140.
- 39 Jeremy Taylor, *The Return of Prayers*. Esto se aplica también a un nivel inferior. George Mueller escribe: “Estos últimos tres días he tenido muy poca comunión verdadera con Dios, y por lo tanto me he sentido muy débil espiritualmente, y varias veces he estado de un humor irritable. Quiera Dios en su misericordia, ayudarme a tener más oración en secreto.”—*Autobiography*, pág. 67.

- 40 Sobre este punto, Mueller dice en otro lugar: “No es suficiente comenzar a orar ni orar correctamente; ni es suficiente continuar orando *por un tiempo*, sino que debemos seguir orando, con paciencia, creyendo, hasta que obtengamos una respuesta; y además no sólo hemos de *continuar* en oración hasta el fin, sino que también tenemos que *creer* que Dios nos oye, y contestará nuestras oraciones. La mayoría de las veces *no continuamos* en oración hasta obtener la bendición y *no esperamos* la bendición.”—*Autobiography*, pág. 320.
- 41 Richard Sibbes *Divine Meditations*, pág. 5.
- 42 El siguiente extracto de la *Vida de John Howe* puede servir para dar una advertencia a la cual a veces se le presta poca atención:
 “En aquel entonces [en la época del Commonwealth inglés] cundió entre la comunidad religiosa una opinión errónea, todavía conservada por algunas personas piadosas, con respecto a la eficacia de una fe especial en la oración. Creían que si un creyente era guiado a buscar un favor en oración, como ser la recuperación o conversión de un niño, o una victoria en el campo de batalla, con inusual fervor, y con la fuerte convicción de que la oración sería contestada favorablemente, ese sería ciertamente el caso. Esta noción fue llevada por algunos a extremos aún más extravagantes, hasta que llegó a ser una afirmación virtual de su inspiración. La corte de Cromwell era tierra fértil para nutrir semejante noción; tal es así que parece que eso era lo que él mismo creía. Totalmente convencido [John Howe] de su naturaleza errónea y tendencias carnales, y habiendo escuchado un sermón en Whitehall, cuyo propósito era mantenerlo y defenderlo, se sintió constreñido por su conciencia a exponer lo absurdo que era, la próxima vez que predicara ante Cromwell. Esto hizo... el ceño fruncido de Cromwell fue señal de su desagrado durante el discurso y después de éste, mostró cierta frialdad en su trato, pero el asunto nunca se mencionó entre ellos.”
- 43 Esta “fe particular en la oración” a veces se ocupa en recibir la respuesta a oraciones ofrecidas con fines espirituales. Hablando del memorable avivamiento en Kilsyth, cuyos primeros frutos fueron vistos el martes, 23 de julio de 1839, dijo que había sido “una mañana programada desde toda la eternidad en el consejo de Jehová como una era en la historia de la redención.” —William Burns escribió: “Desde entonces me he enterado de que algunos del pueblo de Dios en Kilsyth, que habían anhelado y luchado por un tiempo de refrigerio en presencia del Señor, y que, durante la mayor parte de la noche anterior, habían intercedido intensamente por la salvación de las almas, fueron a la reunión”, no sólo con la esperanza, sino con una anticipación segura de la aparición gloriosa de Dios, en base a las impresiones de sus propias almas de que Jehová se acercaba en gloria y majestad.”
- 44 “Cuando una dama le ofreció pan y un vaso de vino, respondió: ‘Por favor, prefiero pan y un vaso de agua.’ ‘Vianda de la cárcel’, comentó la dama. ‘No, vianda de guarnición’: ‘Iste habitará en las alturas; fortaleza de rocas será su lugar de refugio; se le dará su pan, y sus aguas serán seguras.’
 —John Duncan, *The Pulpit and Communion Table*, pág. 37.
- 45 El Sr. D. L. Moody solía decir que agradecía a Dios de todo corazón porque muchas de sus oraciones más sinceras no habían sido contestadas como él quería.
- 46 F. W. Krummacher, *Autobiography (Edin., 1869)*, pág. 143.
- 47 *Memoir de J. A. Bengel*, por J. C. F. Burk (Lond., 1837), págs. 491, 492.
- 48 “‘La iglesia de Dios en Corinto,’ ¡una paradoja bendita y sorprendente!”—*Bengel*.

